

**UNIVERSIDAD CATOLICA BLAS CAÑAS**

---

DIRECCIÓN DE INVESTIGACIÓN  
SERIE DE INVESTIGACIONES N° 8

**NACIONALISMO E IBAÑISMO**

**Verónica Valdivia Ortiz de Zárate**

Santiago de Chile  
1995

## INDICE

### *Introducción*

<i>I.- Pratismo vs. Nacionalsindicalismo: ¿Proyecto o Cruzada?</i>	<i>9 - 12</i>
<i>    Pratismo: El Proyecto</i>	<i>13 - 20</i>
<i>    El Movimiento Nacional Sindicalista: La Cruzada</i>	<i>21</i>
<i>II.- El ibañismo en el poder: ¿ la oportunidad perdida?</i>	<i>33 - 37</i>
<i>    Ibañismo y Pratismo</i>	<i>39 - 57</i>
<i>    Ibañismo y Nacionalsindicalismo</i>	<i>59 - 63</i>
<i>Conclusiones</i>	<i>65 - 68</i>
<i>Fuentes y Bibliografía</i>	<i>69 - 73</i>

---

---

## INTRODUCCION

Uno de los fenómenos históricos acerca del cual existe uno de los mayores desconocimientos y confusiones, es aquel relacionado con el nacionalismo. La asociación casi automática que generalmente se hace con el fascismo, ha dificultado una aproximación más desapasionada y objetiva respecto del mismo, oscureciendo el rol jugado por él.

El nacionalismo puede ser entendido como un principio político útil para mantener unida una sociedad. De allí que el Estado haya recurrido a diferentes instrumentos y símbolos que le permitieran la consecución de dicho propósito, tales como metas o tareas comunes, creación de ciertas instituciones, exacerbación de algunas efemérides nacionales y, en especial, el desarrollo de símbolos de identificación nacional que permitan el desenvolvimiento de un sentido de comunidad, de pertenencia. En ese sentido, la nación es "creada".

Esta creación, por lo tanto, es hecha en base a mitos, a lo que se percibe "que es la nación" y que permite la unidad. Una vez que el nacionalismo deja de ser un principio de integración manejado por el Estado y pasa a asociarse a grupos

específicos convirtiéndolo en un movimiento político, sus sostenedores proyectan su percepción de lo "que fue la nación" al presente, para que siga siéndolo, y también al futuro, a lo "que debe ser la nación". En otros términos, usar distintos medios, valores y principios para recrear aquella imagen de nación y adecuarla a la realidad vigente. Es decir, un proyecto<sup>1</sup>.

De esto se comprende lo complejo del fenómeno del nacionalismo, toda vez que en general sus exponentes rechazan o relativizan lo proyectual que su postura tiene, defendiendo el carácter irracional o ideológico de sus respectivos movimientos, exacerbando el sentimiento que los acompaña e inspira. Con todo, sentimiento y proyecto están presentes y deben ser considerados a la hora de analizar a cualquier grupo nacionalista. El sentimiento, no porque se crea que él le da su sello o lo distingue, sino más bien porque es lo que en apariencia gatilla el movimiento, su fuente inspiradora, aunque mítica. Y proyecto porque el afán de recuperar aquello "que fue la nación" implica, necesariamente, la utilización de mecanismos modernos para lograrlo. De este modo, no se pretende revivir el pasado en sí, sino la imagen que se identifica con ese pasado.

<sup>1</sup> Ernest Gellner *Naciones y nacionalismo*, (Alianza Universidad, 1988); Eric Hobsbawm *Naciones y nacionalismo desde 1780*, (Barcelona, 1992, 2a. edición revisada y ampliada); Kalman Silver *Nacionalismo y política de desarrollo*, (Buenos Aires, 1966). En el caso particular de Chile, Mario Góngora *Ensayo histórico de la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, (Stgo., 1981) y Alfredo Jocelyn-Holt "La idea de nación en el pensamiento liberal chileno del siglo XIX", *Opciones*, No. 9, 1986.

Esta conjunción de sentimiento y proyecto hace que el nacionalismo no sea un fenómeno unívoco, sino que en su interior convivan matices distintos y opciones también diversas. Esto hace más confuso el tema e invita a mayores distorsiones. En último término, se quiere apuntar al hecho de que cuando se habla de nacionalismo o de nacionalistas no siempre se está refiriendo a lo mismo, a una idéntica inclinación doctrinaria, a igual énfasis en los variados tópicos. Cada corriente responde a líneas definidas que a su vez la hacen particular.

En el caso del nacionalismo chileno del siglo XX, entendido como principio y movimiento político, es posible detectar corrientes que dan cuenta de varias fuentes inspiradoras. Con todo, podemos distinguir dos grandes líneas nacionalistas que alcanzan distinta fuerza dependiendo de la época de la cual se trate y del grupo en análisis. Así, el nazismo, lejos considerado el movimiento nacionalista chileno más exitoso, representa una vertiente bastante lejana de los estancieros por ejemplo, es decir, no se consideran parte de una misma línea ni origen. Señalar esta distinción se hace necesario por cuanto ella explica la naturaleza de las distintas agrupaciones, sus vinculaciones y acercamientos posibles de establecer, o no, con otros sectores sociales o políticos. Dependiendo de la línea de la cual se trate, dicho acercamiento será o no posible, influyendo en el camino que los acontecimientos puedan desarrollar. Es importante, además, para poder evaluar

desde una mejor posición la debilidad política de esta corriente el introducirnos en sus conflictos internos y, por ende, en sus dificultades para construir un frente común de lucha.

En términos más específicos, en Chile existen dos tipos de movimientos nacionalistas; aquellos que hacen mayor énfasis en la emotividad y por ende en lo heroico y misional de su existencia; y los otros que hacen más hincapié en su proyecto, en ser alternativa a los partidos políticos y colectividades existentes en un terreno más o menos similar a éstos. Dentro de la primera línea podemos identificar al Movimiento Nacional Socialista, el Partido Nacional Fascista y en alguna medida a los seguidores de Guillermo Izquierdo Araya, al menos en su primera época. En el caso de la segunda, a los estancieros, los miembros de Unión por la Patria o Acción por Chile. Esta división, que ya existió en los años treinta, se mantuvo a lo largo del siglo y adquirió mayor virulencia durante los años cincuenta y sesenta. Tras la derrota del fascismo en Europa a mediados de los cuarenta, la vertiente más proyectual adquirió preeminencia pero entrando en fuerte cuestionamiento ya en la década del cincuenta, lo que permitió la emergencia nuevamente de la línea heroica.

El presente trabajo tiene el propósito de seguir ambas líneas nacionalistas durante los años cincuenta identificando sus movimientos en busca de nuevos adherentes, de alcanzar un mayor

peso político en la sociedad y sus discusiones internas en el afán, de cada una de ellas, de reivindicar para sí el verdadero sentido y espíritu nacionalista. En términos más precisos, rastreamos el camino seguido por el denominado **Pratismo**, es decir, por aquella línea proveniente de los estanqueros y de algunos elementos desgranados del Partido Agrario Laborista, y cómo ella se relacionó con el poder durante los cincuenta. Paralelamente, seguiremos a la corriente más rupturista, el **Movimiento Revolucionario Nacional Sindicalista**, el cual intentó revivir al naciismo resucitando su espíritu de milicia, de lucha, de fe y misión y que, por lo tanto, siguió siendo más marginal.

El estudio que a continuación se presenta, se ubica temporalmente durante los años de la segunda gestión presidencial de Carlos Ibáñez del Campo (1952-1958), período escogido por variadas razones. En primer lugar, por el simbolismo que el "General" tenía para los grupos nacionalistas, para quienes representó durante mucho tiempo una especie de liderazgo difícil de reemplazar. El ex dictador era asociado por ellos a una etapa de florecimiento nacional, de estabilidad social, de autoridad y de un Chile que recuperaba su destino histórico. En ese sentido, desde fines de los años treinta los distintos movimientos nacionalistas reconocieron en Ibáñez a un conductor y lo apoyaron en sus variados intentos por recuperar el poder, ya fueran éstos legales o no. En segunda instancia, por lo que su

retorno a la primera magistratura significaba para la causa nacionalista. Al ser Ibáñez un excelso exponente de ella, era natural pensar que el período que se inauguraba constituía la oportunidad tan largamente esperada por los representantes de esta corriente y que tan esquiva se había mostrado tradicionalmente. Con Ibáñez a la cabeza del gobierno, el nacionalismo al fin podría desplegar su acción. Por último, por la crisis política, fundamentalmente partidaria, por la cual atravesaba el país, que en apariencia tendía a fortalecer los elementos centrales del discurso nacionalista, abriendo la posibilidad de lograr un mayor arraigo social. En suma, el marco propicio para el triunfo de una causa que había esperado largamente su momento.

## I.- PRATISMO vs. NACIONALINDICALISMO: ¿ PROYECTO o CRUZADA ?

El período de entreguerras vio la aparición de hábiles contendores al orden democrático-liberal, tanto desde la izquierda como de la denominada ultraderecha nacionalista. El auge del stalinismo y del fascismo revistieron serios ataques a la hegemonía liberal, abriendo un campo de lucha en el cual la "fe" en sus respectivas verdades movilizaba a importantes contingentes humanos en busca de la victoria. El choque frontal que estalló en septiembre de 1939 prolongó esta batalla, hasta cierto punto epopéyica, hasta mediados de la década de 1940, cuando la fe fascista fue vencida en Berlín por las divisiones unidas de liberales y marxistas.

Durante esos veinte años de avance nazi-fascista, la apuesta en una alternativa distinta, superior a la disyuntiva izquierda o derecha, se vio vigorizada. El ímpetu de Hitler y Mussolini, y más tarde de Franco, ofrecían un buen alero bajo el cual cobijarse para plantearse en una postura similar. Por ello, durante los años treinta y el primer lustro de los cuarenta, en todas partes y también en Chile se produjo una explosión de movimientos nacionalistas cuya inspiración ideológica en la mayoría de los casos, aunque no exclusivamente, era el fascismo o su vertiente nazi y el corporativismo.

Si el auge de dichos movimientos era un buen aliciente para el nacionalismo chileno, no menos importante lo fue la experiencia del Frente Popular a partir de 1938. Tal como hemos planteado en trabajos anteriores, la llegada de la alianza de centro-izquierda al poder fue recibida por estos grupos como una amenaza, especialmente por aquellos sectores provenientes del nacismo y de la antigua jefatura de la Milicia Republicana. Ellos reforzaron sus argumentos para defender al nacionalismo como la única vía para salvar a la patria de ser destruída por la pugna entre una derecha descontrolada por la pérdida de su control del gobierno y una izquierda ensoberbecida con el triunfo y dispuesta a defenderlo a todo trance<sup>2</sup>. Ambos factores explican la consolidación del nacionalismo chileno como alternativa política y su disposición a enfrentarse a los otros partidos y tendencias en crecimiento.

Dado que la fuerza inspiradora prioritaria era el fascismo, en tanto movimiento genérico, el elemento de fe que él implica pasó a ocupar un lugar central en el carácter de varios de los grupos auspiciadores del nacionalismo en Chile. En efecto, tanto los herederos del nacismo como otros exponentes de él tenían plena

<sup>2</sup> Verónica Valdívía "Las nuevas voces del nacionalismo chileno: 1938-1942", *Boletín de Historia y Geografía*, No. 10, 1993, págs 119-139 y "El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular (1938-1952)", *Serie de Investigación*, No. 3, 1995.

conciencia de la importancia de la fe en la derrota del enemigo y la creación de una sociedad nueva; sólo con un fervor intransable era posible triunfar<sup>3</sup>. Este carácter fervoroso fue predominante entre los nacionalistas de los años treinta y principios de los cuarenta, razón por la cual el heroísmo, el sacrificio y el sentido misional que se autoasignaban era lo fundamental. Tanto el nacismo como el Partido Nacional Fascista y el Movimiento Nacionalista de Chile apuntaban a la necesidad de "mártires y sangre .(para) el triunfo de un ideal superior" dada la crisis del momento, en el cual "un pueblo entero reclamaba su destino, un futuro de gloria y heroísmo"<sup>4</sup>. De allí, entonces, el énfasis que también hacían en la militarización de sus miembros.

Esta línea nacionalista emotiva y más bien vivencial, predominó hasta 1942 aproximadamente, coincidiendo con el último año de victorias fascistas en la guerra. Esta indicación de prevalencia del sentimiento como motor clave en la lucha no implica, naturalmente, la ausencia en estos grupos de un proyecto o de una propuesta de sociedad a crear. Al contrario, aquella estaba definida por el Estado corporativo, la función de las élites, el nacionalismo y el predominio de las relaciones jerárquicas. Con todo, la movilización de sus militantes, e incluso la opción de éstos por la muerte si con ello se ayudaba a la causa, debía ser y era gatillada por sobre cualquier otra variable por la fe, por el sentimiento, pues eran los únicos

capaces de conducir a acciones heroicas y de dar un espíritu de milicia a la vida. La fe, obviamente, era desarrollada en estos jóvenes con el sentido de patria, raza, sangre y cultura, es decir, con aquellos factores materiales que hacían de Chile una comunidad nacional<sup>5</sup>.

Este sentido de fe, tan desarrollado en la etapa brevemente reseñada, no desapareció del todo tras la caída de Hitler. Sin embargo, la derrota abatió a la principal fuente inspiradora y símbolo de la lucha nacionalista, arrastrando a los grupos nacidos y fortalecidos con su ejemplo los que comenzaron a perder fuerza desde 1942 cuando el desenlace del conflicto ya se intuía. La necesidad de los nacionalistas chilenos de rescatar su doctrina y defenderse de la arremetida norteamericana llevaron al debilitamiento de los sectores más vinculados al nazi-fascismo, siendo absorbidos por agrupaciones más amplias<sup>6</sup>.

La Guerra Fría que invadió al mundo a partir de 1945 creó un contexto nuevo donde el enemigo pasó a ser el comunismo, afectando tanto el alineamiento de los países latinoamericanos respecto de los Estados Unidos como el tipo de alianzas políticas internas que se conformaban para ser gobierno, realidad de la que Chile no escapó. El clima de guerra general que creó el conflicto mundial, hizo aflorar un vasto movimiento anticomunista en Chile que potenció a los

<sup>3</sup> Ernst Nolte *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*. (Barcelona, 1971), págs. 18-19.

<sup>4</sup> Valdivia, "El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular".

<sup>5</sup> Federico Chabod *La idea de nación* (México, 1a. edición en español, 1987).

<sup>6</sup> Para un análisis más detallado de este proceso, ver Valdivia "El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular", Cristián Garay *El Partido Agrario Laborista. 1945-1958* (Santiago, 1990).

nacionalistas, desde siempre sus apasionados enemigos. En el nuevo marco, la fe era retomada para vencer al "comunismo sin patria". No obstante, esta nueva bandera que redespertaba la fe, o la dinamizaba, ya no estaba exclusivamente asociada a los grupos heroicos en proceso de extinción; al contrario, ella fue levantada también con posterioridad a 1946 por grupos menos místicos y más proyectuales<sup>7</sup>. En ese plano, nos encontramos con una línea nacionalista menos rupturista que ponía más atención en madurar un planteamiento con mejores posibilidades de competir, pero siempre dentro de ciertos rasgos nacionalistas comunes. Se trata de una vertiente nacionalista ligada al corporativismo, y que podríamos asociar más bien a la línea de Jaime Eyzaguirre, esto es, de un corporativismo que privilegiaba los organismos intermedios en lugar del de corte estatal, vinculado fuertemente al tradicionalismo católico y con un fuerte sentido de hispanidad.

Testigo de la crisis de los años veinte y treinta, Eyzaguirre era un fiel defensor de la sociedad medieval en tanto articuladora de una comunidad integralmente cristiana, la cual fue destruída por el liberalismo-capitalista y el comunismo que rompieron el principio de la unidad: el dogma de la paternidad común. A partir de esta concepción, Eyzaguirre planteó como solución o respuesta a la crisis y a lo que percibía como decadencia, el renacimiento de los valores católicos esenciales y, por tanto, de la justicia social

y del bien común. En el plano del corporativismo, abogaba por una organización social jerárquica y autoritaria que reconociera el rol a cumplir por las corporaciones. Sus postulados fueron vertidos en importantes medios de comunicación por más de veinte años<sup>8</sup>.

En otras palabras, al retrotraerse el fascismo la línea de Jaime Eyzaguirre adquirió mayor fuerza ya no sólo entre los jóvenes católicos de donde surgió, sino también en amplios sectores intelectuales y algunos núcleos nacionalistas que adhirieron a dicha tendencia en su lucha por la transformación social.

El giro al hispanismo representó uno de los momentos más importantes en la evolución del nacionalismo en Chile. Brevemente, el hispanismo plantea la existencia de una comunidad o raza transatlántica que reuniría a todos aquellos pueblos y culturas que fueron parte del Imperio español en algún momento de su devenir histórico. La vinculación con la "madre patria" habría generado una cierta identidad hispánica que consideraría la cultura, las tradiciones, la historia, la religión y la lengua creando una "patria espiritual". Parte sustancial del pensamiento hispanista es la creencia en una sociedad jerárquica en la cual la cúspide estaría ocupada por ciertos seres superiores, posición dada por su vinculación con el poder político y eclesiástico, siendo profundamente antagónica a las corrientes cuestionadoras

<sup>7</sup> Carlos Maldonado "El ACHA y la proscripción del Partido Comunista", *Fiacso*, tomo No. 60, 1988; Valdivia "El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular"; para el contexto general Julio Faúndez *Izquierda y democracia en Chile, 1932-1973*, (Santiago, 1992).

<sup>8</sup> Renato Cristi y Carlos Ruiz *El pensamiento conservador en Chile* (Santiago, 1992), págs. 67-86; Gonzalo Catalán *Notas sobre proyectos autoritarios corporativos en Chile: 1933-1938* (Santiago, 1978).



de las relaciones jerárquicas como el socialismo y el comunismo<sup>9</sup>.

En síntesis, el hispanismo y el tradicionalismo católico pasaron a ocupar un espacio preeminente en el discurso nacionalista chileno a partir de los años cuarenta, diferenciándolo claramente del período previo. En esa óptica, ellas permitieron la rearticulación de una tendencia que se vio, hasta cierto punto, amenazada en su legitimidad como opción política y revigorizarse. La influencia del catolicismo y su identificación con España, jugó un rol central en la resurrección de la fe y, por ende, en la batalla contra el "comunismo ateo y sin patria". Si el nacionalismo más combativo de los años treintacasi no mencionaba el tema religioso, el de mediados de los cuarenta, y las décadas siguientes, lo hizo uno de sus instrumentos claves de lucha, parte sustancial de la "cruzada".

Lo que tenemos en el segundo lustro de la década de 1940, entonces, es un nacionalismo que en su totalidad se ha volcado a la España católica como fuente inspiradora y legitimadora. Sin embargo, esta reunión en torno al hispanismo no implicó forzosamente la conformación de un solo bloque que se reivindicara a sí mismo como el legítimo y único exponente de dicha tendencia; el hispanismo no dio como resultado la fusión de las distintas expresiones nacionalistas. Al contrario, al matizar uno u otro elemento de la doctrina compartida y al asumir

diversas actitudes respecto de los acontecimientos, provocaron una nueva ruptura impidiendo la consolidación de un núcleo sólido, coherente y homogéneo. De allí que en los años cincuenta, que es el período que aborda este trabajo, nos encontremos nuevamente con dos exponentes diferentes que se autocalificaban como los verdaderos nacionalistas.

---

<sup>9</sup> Ricardo Pérez Montfort *Hispanismo y Falange* (México, 1992).

## PRATISMO: EL PROYECTO

Como se indicó anteriormente, el denominado "Pratismo" es el nombre del movimiento encarnado por Jorge Prat Echaurren, uno de los nacionalistas chilenos más importante de este siglo.

Jorge Prat fue uno de los fundadores de la revista **Estanquero**, aparecida en noviembre de 1946, como parte de la oleada anticomunista que se produjo con la ascensión de Gabriel González Videla a la presidencia de la República en ese año, acompañado de miembros de esa filiación política. El contexto de Guerra Fría que invadía al mundo en esos días, hizo de la presencia de tres ministros comunistas en el gobierno un motivo de fuerte oposición tanto de la derecha tradicional, como de los nacionalistas, algunas fracciones del radicalismo e incluso de sectores de izquierda. Lo que se consideró un hecho inédito en la historia de Chile fue un acicate para el surgimiento de un vasto movimiento en pro de la expulsión de dichos ministros, en lo que se interpretó como una gran cruzada nacional. Esta reunió a personas de los más diversos ámbitos políticos, siendo su máxima expresión la Acción Chilena Anticomunista (ACHA), nacida con el propósito de combatir al comunismo iniciando una violenta campaña en su contra

y por su marginación política<sup>10</sup>.

Jorge Prat participó en la constitución de ACHA y al mismo tiempo cofundó la revista ya mencionada, destinada a fustigar al gobierno y crear un movimiento de opinión cívica. Tomó el nombre de **Estanquero** como una clara alusión a Diego Portales y al grupo así denominado, que apareció durante los años veinte del siglo XIX<sup>11</sup>. Tal como su primer editorial decía, la revista buscaba "servir, amalgamar y lanzar a la vida cívica a (la) juventud....(a la cual no se exigía) más que un común denominador: el común nutrimento de la tradición portaliana y estanquera"<sup>12</sup>.

Como parte de la lucha anticomunista del momento, **Estanquero** dedicó gran parte de su existencia a denunciar a esta colectividad, incluyendo secciones permanentes como "Por qué soy anticomunista" y ácidos editoriales. Para los estanqueros, los comunistas atentaban contra la unidad nacional al propiciar la lucha de clases y estimular a los trabajadores a hacer huelgas contra sus patrones, entorpeciendo la producción y, por ende, el crecimiento económico. Criticaba su oposición a la propiedad privada la cual era

<sup>10</sup> Carlos Maldonado " El ACHA y la proscripción del Partido Comunista", *Flaco*, D.T No. 60.

<sup>11</sup> Sergio Miranda C. " Jorge Prat: personalidad y obra ", *Portada*, No.36, 1973, pág.9.

<sup>12</sup> *Estanquero (en adelante ES)*, 16. 11. 1946, pág.3.

considerada por los estanqueros como el motor del desarrollo y de la modernización; por su énfasis excesivo en el poder del Estado que anulaba, a su juicio, las capacidades personales de cada uno, intentando encuadrar a la sociedad. En esa misma óptica, el comunismo era intrínsecamente un “régimen despótico” que desconocía las individualidades y deformaba, por tanto, la evolución del “cuerpo social”<sup>13</sup>. Así concebida, la presencia comunista en el gobierno fue interpretada como de extrema gravedad pues ellos no eran sino “los mercaderes de la miseria, del dolor, del analfabetismo”<sup>14</sup>. Era imprescindible, entonces, buscar alguna forma para derrotarlo y expulsarlo de la vida nacional.

En este punto, Estanquero distinguió dos estrategias: la lucha violenta contra el enemigo y la superación del contexto que había permitido su llegada al poder. En pos del primer camino, apoyó la gestión de ACHA, siendo Jorge Prat no sólo uno de los fundadores sino también miembro del Consejo y ofreciéndole en numerosas ocasiones las planas de la revista por él dirigida para que la agrupación militarista hiciera inserciones y diera a conocer sus actividades<sup>15</sup>.

La segunda estrategia estaba relacionada con su espíritu nacionalista y era la más proyectual. De hecho, los estanqueros fueron una de las pocas organizaciones nacidas en medio del clima

anticomunista que sobrevivió y ello estuvo ligado a la existencia de un proyecto nacionalista de más largo alcance que la mera reacción. De allí que desde un comienzo aclarara que ellos constitúan una esperanza: “Se ha apagado una luz. Pero como en España, como en Argentina, como en Italia, como en Grecia puede surgir otra. El país lo anhela, lo necesita...”<sup>16</sup>. Esa luz sólo podría venir de la juventud, de aquel segmento social valiente y audaz que impregnado del espíritu portaliano-estanquero pudiera vencer, ordenar y hacer justicia.

Para ello era necesario “crear una nueva fe en Chile, en las virtudes tradicionales de su raza, en la potencialidad de su pueblo, en las posibilidades de su desarrollo futuro”<sup>17</sup>. Esta alusión a la necesidad de una fe pone de manifiesto uno de los grandes problemas del nacionalismo chileno del período: su incapacidad de convencer, de atraer masivamente y arraigar en la sociedad con un fuerte componente de convicción y de fe en su llamado. Así como la izquierda fortalecía sus lazos con el pueblo con el marxismo, el nacionalismo debía hacerlo con una revalorización del sentido de patria, raza, sangre, cultura. Su fracaso en este empeño luego de la caída de González von Marées, lo obligaba a plantearse una nueva alternativa para despertar en la masa esa fe intransable en los principios de la patria. De allí que Jorge Prat y los estanqueros insistieran en la idea de que Chile era un país con potencialidades, con futuro y que

<sup>13</sup> ES, 30 11 1946, pág. 11, 11.01.1947, pág. 3 y 08.03.1947, pág. 3.

<sup>14</sup> ES, 16.11.1946, págs. 1 y 3.

<sup>15</sup> Arturo Olavarría B. *Chile entre dos Alessandri*, págs. 41 y ss., vol. 2. También ES, 30.11.1946, pág. 8; 13.01.1947, pág. 7; 20.01.1947, pág. 7.

<sup>16</sup> ES, 16.11.1946, pág. 3.

<sup>17</sup> ES, 14.11.1946.

la confianza absoluta en ello, podría desenvolver el movimiento esperado.

La situación de fines de los años cuarenta y principios de los cincuenta, de crisis del sistema político y del modelo desarrollista puesto en práctica, renovaba la confianza estanquera en el cambio toda vez que la bandera del grupo era precisamente un Chile descontaminado: “un Chile sin políticos aprovechadores y mendaces, sin funcionarios públicos prevaricadores ni agiotistas, sin agitadores profesionales que medran con la esperanza y la credulidad de las masas”<sup>18</sup>. La recuperación de la fe en Chile propuesta por los estanqueros permitiría, en medio del cansancio generalizado de la población, salvar al país de la pendiente en la que iba cayendo y volverlo a colocar en la coyuntura necesaria para retomar su posición hegemónica a nivel continental. La fe en Chile constituía, así, el instrumento para masificar al nacionalismo y derrotar al orden vigente.

Esta necesidad de un renacimiento de la fe en Chile, fue asociada a la urgencia de definir tareas. El problema radicaba en que el país estaba dirigido por personas a quienes no interesaba diseñar metas a la nación; en el fondo se trataba de autoridades gubernativas pero no de verdaderos conductores de la nación. Por ello, había que recuperar el espíritu visionario portaliano y señalar nuevas rutas.

Llevar a cabo esa tarea implicaba desarrollar en la juventud “un sentido

heroico de la vida”, lo cual exigía una educación tendiente a formar personalidades “disciplinadas y cultas, amantes de su pueblo y conocedores de las posibilidades materiales y espirituales de la nación”<sup>19</sup>. Este sentido heroico implicaba, naturalmente, el surgimiento de una acción positiva, de una actitud militante para la creación de un verdadero espíritu de chilenidad.

Con todo, la patria no era puro sentimiento y emoción sino “substancia histórica profunda” con una misma tarea a través del tiempo y, por ende, con un destino, con una misión; era la “comunidad de los chilenos en un quehacer histórico permanente”. Este quehacer entroncaba con los valores que ligaban a Chile con España, con el occidente cristiano y con Roma, esto es, que lo hacían parte de una misma comunidad de origen y “del más alto rango espiritual que la humanidad ha concebido”. La existencia de esos valores permanentes que señalaban una misma tarea a través del tiempo era lo que constituía la “patria”<sup>20</sup>. Lograr que toda la sociedad se identificara con ese concepto de patria y alejarla, por tanto, de concepciones materialistas, era parte de la misión que los estanqueros asumían.

Este afán se realizaría “nacionalizando al pueblo”, arrancándolo de las manos del marxismo y colocándolo fuera de la ley por ser enemigo de la nacionalidad. El pueblo debía ser integrado a ella: “que el trabajo sea noble empresa

<sup>18</sup>ES, 14.11.1946.  
<sup>19</sup>ES, 14.11.1946.  
<sup>20</sup>ES, 17.05.1947.

colectiva dentro de la cual cada individuo....se sienta responsable de una parte de la tarea común, orientado hacia el bienestar y progreso de la patria"<sup>21</sup>. Desde la perspectiva estanquera, los obreros se alejarían del comunismo cuando la "patria" diera a ellos pan y justicia. De este modo, tanto el concepto de patria como la identificación de ella con toda la sociedad, implicaban una crítica a la situación político-social del momento en la que se reconocían serias deficiencias a la hora de realizar una política realmente justa y de beneficio colectivo. Tras esta disidencia se escondía un pensamiento corporativo que buscaba en dicha doctrina la superación de los conflictos de clase, el encuentro con una sociedad armónica y conciliadora. Estanquero revalidaba, de esta forma, al corporativismo auspiciado por el Papa Pío XI y su Encíclica *Quadragesimo Anno* (1931), cuando éste descalificaba tanto al liberalismo económico como al socialismo, proponiendo el fin de la lucha social con la reconstrucción de los gremios y corporaciones medievales como instancias reguladoras de la vida económica y social<sup>22</sup>. El corporativismo estanquerista era aquel que no reconocía una excesiva preponderancia al Estado como en el fascismo, sino más bien privilegiaba las instituciones intermedias, al estilo del corporativismo sustentado por Jaime Eyzaguirre.

Tanto la discrepancia estanquera respecto del sistema político como su decisión de crear una nueva fe en Chile, la

llevaron a adherir plenamente al hispanismo. En efecto, los estanqueros resolvieron el problema de definir nuevas metas nacionales y de revivir fervorosamente la patria, reconociendo su vínculo con España e identificando el ser de Chile con la cultura europea, con el momento en que España había colocado sus pies en la América "bárbara"<sup>23</sup>. La tarea que Chile debía emprender, entonces, estaba relacionada con esa "patria espiritual" que la unión con España otorgaba, esto es, el iberoamericanismo pues él significaba "instinto de conservación". América debía unirse toda vez que ella compartía una misma raza, un mismo suelo y una misma cultura; defendiendo con ello una común herencia y, por tanto, el ser.

La urgencia de un destino glorioso pasaba necesariamente por redefinir las reglas que regulaban la vida social, es decir, abandonar ese afán igualitarista, demagógico, que daba tan amplia participación a las masas. Estanquero se proclamaba como defensor acérrimo del gobierno de minorías en tanto la nación era una comunidad en un quehacer histórico permanente, la "labor arquitectónica" de una minoría selecta. Ella sería la encargada de dar al país un destino, se constituiría en la "primera piedra en una construcción orgánica y jerárquica" de la sociedad, capaz de inspirar confianza a las masas y, por lo tanto, de ejercer el poder legítimamente<sup>24</sup>.

La sociedad estructurada

<sup>21</sup> ES, 17.05.1947, 25.10.1947, 14.12.1946.

<sup>22</sup> Gonzalo Catalán, *Notas sobre proyectos autoritarios corporativos en Chile. la revista Estudios 1933-1938*, pág. 187; Guillermo Izquierdo A. *Democracia y corporativismo*, págs. 67-70; Paul Drake "Corporatism and Functionalism in Modern Chilean Politics", *Journal of Latin America Studies*, 10, 1, 1983, págs. 88-89.

<sup>23</sup> ES, 11.10.1947, pág. 3. Para más detalles ver Verónica Valdivia "El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular (1938-1952)", *Serie de investigación*, No. 3.

<sup>24</sup> ES, 17.05.1947, No. 25.

orgánicamente, significaba dar vitalidad al cuerpo social, o sea, que éste dejara de ser una cosa inerte para adquirir fuerza. Por ello se debía disminuir las atribuciones del Estado e iniciar una política de descentralización administrativa dando mayor independencia y autonomía a las provincias<sup>25</sup>.

Este nuevo orden orgánico que partía de la premisa que el orden democrático-liberal era en gran medida responsable del aflojamiento de la disciplina social y, por ende, de la crisis que el país vivía, llevó a los estancieros a retomar las posturas pragmáticas del ministro Portales en el sentido de plantear la necesidad de crear un sistema político de tipo jerárquico, expresión de un país con una sola voluntad. La conjunción del hispanismo y su adhesión a Portales reforzaron sus posturas conservadoras y autoritarias que se tradujeron en su propuesta de un "Portalianismo contemporáneo". Este se entendía como la recreación de una sociedad ordenada, con un ejercicio legítimo del poder y apoyada en un creciente progreso económico. Portales habría sabido dar, según los estancieros, estabilidad al dominio aristocrático e intuido la urgencia de darle a la naciente república objetivos como seguridad exterior y orden interno. El Estado portaliano debía tener una amplia autoridad, independiente de las presiones de grupos financieros o de las masas; ser tradicional en cuanto a ser intérprete de la herencia cultural española y occidental; ser protector de las humanidades, útiles para

establecer un poder con fines morales y lograr la soberanía política y económica del país. En pocas palabras, el Estado autoritario portaliano, no basado en la soberanía popular, debería ser el conductor del destino nacional<sup>26</sup>.

Este modelo político implicaba, necesariamente, la adopción de una "tercera vía", superior a la disyuntiva izquierdas o derechas, que hiciera primar la "patria" a la república y el espíritu de milicia, sabiendo armonizar las aspiraciones culturales y económicas de las masas con el sentido de disciplina y el de libertad con autoridad. Obviamente, el corporativismo era útil para tales ambiciones<sup>27</sup>.

En síntesis, los estancieros utilizaron elementos propios del nacionalismo, como acudir a las tradiciones nacionales y a un pasado visto como heroico y poderoso, para recobrar aquello que la nación "había sido" y pudiera volver a ser. En esa óptica, la imagen histórica de Portales era el más fiel reflejo de aquella patria sentida y también "querida".

La vitalidad del organismo social también se obtendría repensando los planteamientos económicos sustentados hasta entonces, los cuales hacían evidente sus falencias a principios de los años cincuenta. El punto de partida debería estar en concebir la actividad económica como un servicio a la comunidad y no como una cuestión de lucro personal, lo cual requería forzosamente de coordinación y

<sup>25</sup> Es, 26.07.1947

<sup>26</sup> Es, 23.08.1947, pág. 14; 30.08.1947, pág. 12; 13.09.1947, pág. 15.

<sup>27</sup> Es, 19.07.1947, pág. 1; 10.01.1948, pág. 16; 31.01.1948, pág. 15. Para la conservación del corporativismo en forma latente, Carmen Fariña V., "Pensamiento corporativo en las revistas "Estancuero" (1946 - 1955) y "Política y Espíritu" (1945 - 1975), Revista de Ciencia Política, No.12, 1990.

jerarquización.

Lo primero en replantearse fue el tema de la superación de la “inferioridad económica” chilena a través de la industrialización. Esta que se constituyó en el paradigma del desarrollo desde los años treinta, mostraba durante los cincuenta una serie de desequilibrios tanto a nivel de la producción propiamente industrial, como del agro y del mercado. En ese sentido, Estanquero criticó este intento de transformar a Chile en un país productor y exportador de manufacturas dada su imposibilidad de lograr competitividad en los mercados. Una sociedad orgánica y pujante debía ser capaz de encontrar su propio camino con aquellos elementos naturales que le situaban en una mejor posición. Por ello abogaron por una política basada en las ventajas comparativas que el país tenía en recursos y centrar los esfuerzos sólo en aquellos que ofrecieran “un efectivo incremento de la riqueza nacional”. Esto se traducía en impulsar la expansión de la industria de conservas de frutas, pescados y mariscos, de alto consumo mundial, acompañada de modernas flotas pesqueras. Este tipo de actividades aseguraría al país “una economía sólida, estable y verdaderamente nacional”<sup>28</sup>.

Esta nueva concepción económica suponía, al mismo tiempo, modificar las estrategias de comercio exterior en cuanto a fortalecerlo y entregar la distribución a la Cámara de Comercio. El comercio se activaría al crecer la producción y al

imponerse un criterio de servicio y no de enriquecimiento en los comerciantes para hacer la distribución. En materia agraria, se favorecía una política de colonización a fin de incrementar la producción para el consumo interno como de las exportaciones; como también el desarrollo de cooperativas agrícolas para regular la organización, industrialización de productos, estandarización de la producción y favorecer el crédito<sup>29</sup>. Todo este plan necesitaba, dada su plataforma, de una activa participación gremial, esto es, de la Corporación de la Producción y el Comercio, la Sociedad Nacional de Agricultura, entre otros.

Como se trataba de dar paso a las verdaderas “fuerzas vivas de la nación”, los dirigentes estarían acompañados de las organizaciones sociales, “desde el municipio y el sindicato, que agrupan a los productores en torno a su interés inmediato, hasta las corporaciones”<sup>30</sup>. Esto significaba integrar a los trabajadores al destino nacional y dar a las tareas a realizar un carácter de justicia social, al abandonarse los criterios individualistas y eliminar a los falsos intermediarios entre el hombre y el Estado.

Uno de los puntos más destacados de la apuesta estanquera, fue su incorporación de nuevos actores a la misión nacional que colaboraran al renacimiento de la fe en Chile y a devolverle su posición rectora. Estas fueron las fuerzas armadas, a las cuales dirigieron un discurso integrativo

<sup>28</sup> ES, 31.05.1947, pág. 3, 28.12.1946, pág. 1, 07.06.1947, pág. 3, 21.06.1947, pág. 3. Para el tema de la industrialización, Luis Ortega et al., *CORFO 50 años de realizaciones* (1989), Oscar Muñoz Chile y su industrialización (1986).

<sup>29</sup> ES, 28.06.1947, pág. 8, 25.05.1950, pág. 3, 20.05.1950, pág. 3.

<sup>30</sup> Erwin Robertson R., “Ideas nacionalistas chilenas” (1978), pág. 249.

y de cuestionamiento de los roles a ellas asignados.

Dada la imagen esplendorosa que los estanqueros tenían de la historia nacional del siglo XIX y el rol que en ello le había cabido a los institutos castrenses, especialmente al ejército, repensaron su papel en el Chile a recrear. Como es sabido, la situación de estos cuerpos en el período analizado era de crisis en tanto se hallaban totalmente marginadas del mundo civil y abandonadas a su propia suerte. Esto se reflejaba en una notoria despreocupación civil por sus problemas económicos, por las deficiencias logísticas que dificultaban el correcto desempeño de las funciones propias de la carrera militar, por el deficiente manejo de los ministros de defensa y los efectos que cuestiones como éstas amenazaban tener en la disciplina institucional. La aparente indiferencia con que las autoridades y los políticos miraban estos problemas militares, amparados en la convicción del carácter profesional y no deliberante de ellas, colocaban a estas fuerzas en una situación de orfandad doctrinaria y de posible quiebre interno<sup>31</sup>. Frente a ese cuadro, los estanqueros replantearon las funciones a cumplir por ellas, coadyuvando a su reinscripción.

Lo primero que identificaron como de urgente solución, fue el problema de los bajos salarios de los uniformados, especialmente en sus menores escalafones. A su juicio, esto perjudicaba su preparación pues los inducía a buscar otras actividades,

o los sometía a situaciones de pobreza permanente; más importante aún, ponía en peligro la no deliberación y, por tanto, su constitucionalismo. Frente a ello, Estanquero propuso una “solución integral”, es decir, una reorganización de las fuerzas armadas acorde a las exigencias de la Segunda Guerra Mundial. Esto significaba una revisión a la política de sueldos, de asignaciones, gratificaciones y remuneraciones en el exterior. Asimismo, ellas deberían estar “en estricto acuerdo con nuestras posibilidades internas y externas; reducidas si es preciso, pero poseedoras de la mayor eficiencia que permitan los medios y los elementos modernos de combate”, sin que el rendimiento profesional se viera coartado por razones de tipo económico<sup>32</sup>. Dado que las posibilidades de un enfrentamiento externo eran más bien lejanas, debía conferírseles una importancia fundamentalmente interna: ser las “supremas guardadoras de nuestra orgullosa tradición constitucional y republicana”. En tal caso, sus necesidades adquirirían igualmente primer lugar, razón por la cual debía crearse un mecanismo para que periódica y automáticamente se reajustaran los sueldos<sup>33</sup>.

Otro de los problemas a atender, desde la perspectiva estanquera y también castrense, era el de las calificaciones de los oficiales. Estos se quejaban constantemente de las injusticias cometidas por las Juntas Calificadoras, cuya misión era ubicar a cada oficial en la lista correspondiente para

<sup>31</sup> Augusto Varas et al., *Chile, Democracia, Fuerzas Armadas* (1980). Estas apreciaciones fueron confirmadas por el general Roberto Viaux Marambio quien aseguró que la situación del ejército en esos años y los siguientes era de grave déficit presupuestario, lo cual amenazaba la permanencia de los oficiales en las filas militares y la disciplina interna básica en ese tipo de instituciones. Entrevista concedida a la autora el 18.11.1994.

<sup>32</sup> ES, 07.01.1950, pág. 8.

<sup>33</sup> ES, 29.09.1951, pág. 8. Las últimas opiniones corresponden al general Ramón Álvarez Goldsack en un artículo de colaboración en la revista.



su ascenso o baja. Dado el complejo sistema de calificación y la necesidad institucional de dar de baja a cierto número de oficiales anualmente, las resoluciones de las Juntas eran cuestionadas pues no siempre podían exhibir transparencia: "Como el descenso de lista debe afirmarse en razones de consideración y como no es aceptable que la eliminación se busque entre los excelentes, se ha recurrido al curioso expediente de dificultar la clasificación en Lista No. 1.."<sup>34</sup>. A esto, Estanquero llamaba a modificar los requisitos para las diversas listas para mantener la confianza en la profesión y el carácter cohesionado de ellas. Esta pasaba por demostrar que la corrección en los procedimientos era lo que primaba y daba prestigio, de modo que "la autoridad moral de quienes ejercitan el mando....esté basada en esta práctica"<sup>35</sup>.

La reinserción castrense a la vida nacional implicó retomar la denominada tradición guerrera de Chile, afirmando que el espíritu de milicia era uno de los grandes imperativos de un pueblo con destino. Por ello, propuso un renacimiento del sentido militar de la vida, el sentirse soldado de la causa de la patria, lo cual conllevó a un replanteamiento de su función social. Esta debería superar los estrechos márgenes de preparación exclusiva para la guerra, sumando al fusil la pala para educar a los reclutas que recibían cada año en el "servicio a la patria por medio del trabajo"<sup>36</sup>.

estanqueros redefinieron los pilares en que debía sustentarse la nación y las tareas que ella estaría en condiciones de emprender para volver a ser una potencia continental. A pesar de partir de la premisa de la necesidad de una nueva fe en Chile y del desarrollo de un espíritu heroico, su forma de resolver esa disyuntiva los llevó a enfatizar la búsqueda de posibles caminos dentro de la realidad existente. Esto los situó en una posición más proyectual y menos irracionalista que otros grupos nacionalistas, abriendo la posibilidad de alianzas con sectores políticos distintos.

En síntesis, Jorge Prat y los

<sup>34</sup> ES. 14.01.1950, pág. 8

<sup>35</sup> ES. 07.01.1950, pág. 8

<sup>36</sup> ES. 08.02.1947, pág. 10; 30.06.1951, pág. 9. Para más detalles, Valdivia "El nacionalismo..".

## EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO NACIONAL SINDICALISTA: LA CRUZADA

En un intento de rescatar el heroísmo y la fe intransable que había signado la historia del nacionismo de los años treinta, a mediados de 1952 se fundó el Movimiento Revolucionario Nacional Sindicalista (MRNS). Esta agrupación adoptó como doctrina eje el nacional-sindicalismo, como emblema la bandera negra con las aspas rojas de esa doctrina y como símbolo el cóndor.

Originalmente, el movimiento era un grupo doctrinal que reunió a jóvenes universitarios, estudiantes y, según su líder, también a obreros cuyo punto en común era su profundo nacionalismo, su inquietud frente a la derrota del fascismo europeo y la incertidumbre que dominaba al nacionalismo chileno del período. “Había caído Berlín conquistada por el ruso. Europa tenía destrozadas sus puertas orientales y el Asia se abalanzaba sobre el Elba.... Un grupo de jóvenes discutíamos qué consecuencias tendría para Iberoamérica ese aire helado que se filtraba desde el Oder..... en 1938 había muerto el nacionalismo de González von Marées; el nacionalismo vagaba huérfano y numeroso en manos de docenas de mediocres”. El desaliento los indujo a editar desde 1947 el periódico **Bandera Negra**, buscando un

pensamiento netamente nacional para realizar una “revolución chilena”. Así, el “sábado de gloria de 1949” se fundó el Movimiento Nacional Sindicalista cuyo planteamiento central era la “revolución total a través del reencuentro con el Hombre, con la patria, con el verdadero cristianismo. La revolución espiritual era su esencia”<sup>37</sup>.

Frente a la elección presidencial de 1952, la agrupación decidió dejar de ser un grupo doctrinal para entrar a la lucha política. Por ello, en agosto de ese año se fundó en “nombre de Dios y de Chile” el MRNS “para afrontar políticamente los tiempos que se advenían y que exigían jefatura, mando y militancia”. Su plana dirigente estuvo conformada por Ramón Callís Arrigorriaga -su fundador y jefe-, Gastón Acuña Mac Lean, Delfín Alcaide Vetson, Germán Cuevas Torreblanca y Federico Mujica<sup>38</sup>.

El surgimiento del MRNS constituye un hito importante en la historia del nacionalismo chileno, toda vez que él -al igual que el MNS-, se formó como un grupo de ruptura, el cual intentó radicalizar la postura nacionalista y presentarse como una alternativa joven con un discurso

<sup>37</sup> *Forja*, No. 19, III, pág. 2

<sup>38</sup> *Ibid.* También Erwin Robertson, *op. cit.*, pág. 261.

fuertemente emotivo y de combate. A diferencia de los estanqueros, el MRNS enfatizó el carácter misional y heroico del hispanismo recogiendo el espíritu de milicia que el nacionalismo había tenido en sus orígenes, esta vez ya no de inspiración fascista clásica sino de la España católica.

En la convulsionada Europa de entreguerras, ni la España monárquica y tradicional se escapó a los aires vivificadores que venían tanto de Asia como de Europa central. La "madre patria" recibió también los emblemas y gritos de cambio contra un viejo orden que parecía morirse, de modo tal que el fascismo se hizo presente con toda su fuerza. Bajo su influjo, en 1931 Ramiro Fernández Ledesma fundó la primera organización fascista, las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS) constituídas a imagen de los "Fasci di Combattimento". Ellas estaban dirigidas por Onésimo Redondo Ortega y constituídas fundamentalmente por jóvenes, con el propósito de crear un movimiento "juvenil, nacional y revolucionario, radical políticamente y nacionalista desde el punto de vista económico, conservador en lo religioso, pero violento en su estilo y táctica"<sup>39</sup>. Las JONS coincidían con el fascismo tanto en la justificación y glorificación de la violencia, la organización del trabajo en sindicatos y el fortalecimiento del Estado.

Dos años más tarde, José Antonio Primo de Rivera, antiliberal y antimarxista, decidió organizar "una

minoría audaz" en disposición de adoptar una política radical de cambios económicos mediante el uso de medidas autoritarias, teniendo como eje ideológico el nacionalismo. Primo de Rivera esperaba devolver a España su sentido misional en el que todos se sentirían partícipes de un destino común, a realizarse a través de una "empresa nacional trascendente". Estas aspiraciones debían ser materializadas por la Falange Española.

La convergencia de ambos grupos llevó a su fusión en 1934 cuando pasaron a constituir una sola entidad, con el nombre de Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FE de las JONS). La nueva colectividad elaboró un programa de 27 puntos en el que sobresalía un nacionalismo agresivo, la adopción del nacionalsindicalismo como principio rector del Estado, la distribución de la tierra, el militarismo, el sentido católico tradicional y la afirmación imperial. La unión de la FE de las JONS a la causa rebelde en 1936, liderada por Francisco Franco, permitió a éste fusionar dicho partido con la Comisión Tradicionalista (el Partido Carlista) creando en abril de 1937 el "partido único o partido del Estado: la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS)". Como plantea Pérez Montfort, de la FE original sólo quedaban algunos militantes, los nebulosos principios del nacional sindicalismo y el símbolo en que se convirtió José A. Primo de Rivera. En ese sentido, el MRNS chileno tendió a

<sup>39</sup> Ricardo Pérez Montfort *Hispanismo y Falange* .pág 81

identificarse más con el sentido inicial de la FE que con el partido franquista, reconociendo a José Antonio como a un visionario y líder nato<sup>40</sup>.

El nacionalsindicalismo consideraba como pilar fundamental, la recuperación de la tradición católica de justicia social y sentido humano que habría caracterizado la legislación imperial española para la construcción de un Estado nacionalsindicalista. Estado Nacional “en cuanto es instrumento totalitario al servicio de la integridad de la patria”; y Sindicalista “en cuanto representa una reacción contra el capitalismo liberal y el materialismo marxista”. Dicho Estado nacionalsindicalista debería emprender la revolución que España tenía pendiente y que le devolvería “la patria, el pan y la justicia”, todo lo cual se haría con un aire militar, constructivo y religioso. El sentido nacional del Estado, antes señalado, partía de una concepción de la patria como una “síntesis indivisible con fines propios que cumplir”, es decir, como una “unidad permanente e irrevocable”, que además tenía un destino, las “realidades forzosas del hoy y del mañana”, tarea obligada de los conductores de la nación. La unidad de ser y de destino desembocaba en la voluntad de Imperio la cual entroncaba con la política de ambición y “voluntad de Imperio de los reyes católicos”, es decir, colocar a España “no en ese momento sino en esa coyuntura”<sup>41</sup>.

De acuerdo a la doctrina señalada,

la revolución nacionalsindicalista debería conseguir un “orden nuevo” basado en los principios anteriores, con un “estilo directo, ardiente y combativo. La vida es milicia y ha de vivirse con espíritu acendrado de servicio y de sacrificio”<sup>42</sup>. El nacionalsindicalismo español, como vemos, entró de lleno a la época de la “fe” retomando principios tradicionales con un fuerte espíritu juvenil-combativo. Juventud y tradición resultarían atractivos para parte de una generación angustiada con la caída de los fascismos, frente al cual se levantaba la “madre patria” como fuente inspiradora.

Si bien el MRNS chileno tomó parte importante de la postura nacionalsindicalista, no fue una copia de él, al contrario mostró discrepancias. Desde ese punto de vista, el MRNS no se hizo parte del sueño hegemónico cultural español, sino que recogió su sentido general en tanto formar parte de él, especialmente sus orígenes en las JONS, que le ofrecían un marco de lucha distinto en el contexto de mediados de los cuarenta. El nacionalsindicalismo les ofrecía fe, fuerza, juventud y tradición para encabezar el cambio buscado. El MRNS tomó estos elementos como instrumentos para fortalecer al nacionalismo chileno, toda vez que ellas le permitían retomar la tradición más gloriosa de esta tendencia criolla, el nacismo, pero apoyado en valores claves de la sociedad y culturas chilenas.

A diferencia de grupos anteriores, el nacionalismo en el MRNS

<sup>40</sup> *Ibid.*, págs. 82-84.

<sup>41</sup> *Amanecer, cuadernos de doctrina nacionalsindicalista* (1937), págs. 15-20.

<sup>42</sup> *FET de las JONS (Valparaíso) Falange* (1939), págs. 36-39.

dejó de ser entendido como proyecto, como afán de transformación social vía romanticismo para ser comprendido como una "fe, un estilo, una actitud de guerra y conciencia ante la vida". Esta actitud suponía vivir en un estado de alerta permanente "consciente de que se vive y ...de que se va a la muerte", sumando a la fe un sentido heroico en tanto este estilo implicaba una constante lucha. Nacionalismo era también una fe en cuanto "estado de gracia" que permitía reunir cuerpo y espíritu en torno a una alta causa: "rebelión permanente" contra la mediocridad y la pasividad y el desarrollo de una "actitud de conquista, de eterna conquista de sí mismo". En pocas palabras, el MRNS entendía el nacionalismo como "vida y no formulismo; estilo y no letra o doctrina; actitud y no programa; ejemplo y no promesa; patria y no partido; sacrificio y no ambición; personalidad y no gregarismo de masas; jerarquización voluntaria y no subordinación"<sup>43</sup>.

Desde la perspectiva de la evolución del pensamiento nacionalista en Chile, el MRNS simboliza el regreso a una concepción absolutamente heroica, misional y sacrificial. La búsqueda de trascendencia que es dable observar, la acerca al fascismo de los años treinta en tanto aquella era parte esencial de dichos movimientos. Con todo, el MRNS no puede ser calificado como fascista propiamente tal, ya que difiere en elementos sustanciales; más bien recogería el sentido de las JONS españolas y el tradicionalismo

católico con su preeminencia del espíritu. Del fascismo clásico conservaría su irracionalismo.

Como se señaló, este carácter heroico del nacionalismo tendió a diluirse a principios de los años cuarenta. ¿Cómo se entiende, entonces, la fundación de un movimiento que intenta recobrar aquello que está muriendo? El MRNS fue una respuesta fuerte y combativa al camino seguido por el nacionalismo desde, aproximadamente, 1942 cuando se comenzó a hacer énfasis en planteamientos más bien programáticos como el iberoamericanismo, el portalianismo, la nueva ubicación de Chile en el contexto internacional, la organización gremial, el rol de las fuerzas armadas, entre otros, abandonándose la esencia del sentido nacionalista. De aquí el rechazo del MRNS a grupos de la misma tendencia menos violentos y más proyectuales, tales como estanqueros, que simbolizarían, a su juicio, una traición a la doctrina compartida. Esto explicaría la decadencia del nacionalismo en el período, según su interpretación, toda vez que sus dirigentes estaban distorsionando la doctrina y entrando en el juego de las colectividades partidarias. La percepción de Ramón Callís acerca de la falta de rumbo del nacionalismo chileno tras la caída de González von Marées, explícitamente conllevaba una crítica a las distintas agrupaciones que seguían autocalificándose de tales. Para el MRNS, "estanqueros son los que toleran, los que transan, los que pueden convivir con las

<sup>43</sup> *Bandera Negra* (en adelante *BN*), No. 5, junio de 1952.

circunstancias del momento". Así, estas posturas de "falsos" nacionalistas habrían dañado a la tendencia en su imagen pública, incidiendo en su debilidad de militantes<sup>44</sup>. Frente a esta realidad, el MRNS optaba por recoger la herencia del nazismo (MNS), insuflándole aliento vital para sacarlo de su decadencia y de la falta de espíritu, pero superando los errores del pasado.

Este continuismo histórico del MRNS, quedó claramente de manifiesto cuando en 1952 la entidad rindió un homenaje a los caídos en el Seguro Obrero 14 años antes: "Con los héroes del 5 de septiembre parece haber muerto toda la fuerza revolucionaria de una generación. Pero se equivocan los que aún cantan triunfo....el MRNS formado por la generación que vio el gesto heroico del 5 de septiembre, toma hoy sobre sí la responsabilidad de continuar la lucha del MNS chileno".<sup>45</sup> A pesar de esta identificación, el MRNS no era una reedición de su antecesor. El MRNS rechazaba del fascismo y del nazismo su énfasis en el papel del Estado, el mito racial y su "materialismo ateo". Para ellos, si bien los fascistas habían revelado ser "espíritus nobles", cometieron el error de alejarse de Dios e intentar "reemplazar en lo político a ese Dios tan necesario pero que ellos creían - junto con Nietzsche - muerto e inexistente".

Haciendo un juego de palabras como "nacionalsindicalismo también se abrevia: NAZI", el MRNS aceptaba su

vinculación con el nazismo pero rescatando no su doctrina, sino su "ideal heroico, el estilo, la actitud frente a la vida". Consideraban que detrás de la violencia desatada y de la histeria racial del nazismo, había "un modo distinto de ver la vida, un modo diverso y verdadero de saberse y sentirse hombre responsable, hijo trascendente de un Dios y soldado viril de una patria y de una causa". Desde este punto de vista, el MRNS se sentía parte del mismo movimiento pero sobre todo hijo de un mismo tronco revolucionario, del cual exaltaba sus vertientes más irracionales y que permitían la comunión feliz entre el movimiento y el pueblo. Al retomar, precisamente, aquellos elementos que posibilitaban el despertar del sentimiento, el MRNS acentuó el sentido de fe que había detrás del fascismo como motor de transformación espiritual y social. De los mitos nazis que lograron atraer y convulsionar a la masa, rescató el de la sangre y la patria pero sumándole, además, la figura de Dios, punto en el que precisamente el MRNS se identifica más con el pensamiento conservador español que con el fascismo. Este le sirvió para resucitar la importancia que la pasión cumple en las acciones humanas y aquel - el cristianismo - para entroncar al nacionalismo con una de las piedras angulares de la cultura criolla, toda vez que el "catolicismo es la base misma de nuestra personalidad como nación"<sup>46</sup>. Así, los miembros del MRNS se volvían los paladines de Dios, defensores del cristianismo como elemento esencial de la

<sup>44</sup> *BN*, I, No. 2, febr. 1948.

<sup>45</sup> *BN*, II, No. 6, sept. 1952.

<sup>46</sup> *BN*, No. 10, octubre de 1953, págs. 1 y 6.

nacionalidad y del ser chileno, otorgado por su vinculación con la madre patria.

Esta resurrección del sentimiento hispano, estaba relacionado en este caso con la concepción nacionalsindicalista de la realidad del momento y el rol que España había jugado como centro de la cristiandad y del catolicismo durante la Edad Media. Aunque el MRNS dejaba en claro que su postura no era volver a esa época, si rescataba de ella su sentido de unidad humana y social, y en ese plano la reivindicaba.

Para el MRNS, la Edad Media era aquella etapa caracterizada por la "unidad metafísica de todos los hombres en Dios", en la cual el hombre constituía uno, en tanto no estaba dividido entre materia y espíritu; libre por cuanto no se vendía como mercancía y por ende no debía negar de sí mismo. Existía una comunidad única en la que los hombres estaban unidos jerárquicamente, organizados bajo la "suprema jerarquía" de Dios; en la cual el destino estaba claro: trabajar por el bien común y por la salvación de las almas. De acuerdo a esta visión, dicha unidad fue destruída: por el hombre cuando antepuso el antropocentrismo alejándose "de la divinidad", por la burguesía y su énfasis en la riqueza, por la Reforma que destrozó la unidad cristiana y la comunidad medieval. Por último, por la "doble revolución" que terminó de romper los últimos rastros de ese viejo mundo y los valores de jerarquía fueron reemplazados

por los de soberanía popular "causa directa del caos demoliberal de hoy".

El resultado sería el mundo actual con su decadencia. Esta, naturalmente, era el producto de un hombre sin Dios, sin trascendencia convertido sólo en mercancía; sin libertad ni dignidad, ni derechos pues todos éstos provenían de Dios: "todos los deberes, jerarquías y valores quedaron ahogados cuando el hombre renegó de Dios". Este mundo materialista y sin sentido había dado origen a la "rebelión del rebaño", esto es, la "dictadura del proletariado", el mismo "engaño" que el capitalismo pero en el otro extremo. Esta no creencia en Dios conducía, según el grupo, a la "nada total"<sup>47</sup>.

Este sentido pesimista de la historia, no obstante, era reversible por una revolución capaz de destruir "la mentira materialista" y restituir el imperio del espíritu: la Revolución del Hombre. Por eso desde sus inicios en 1947, el MRNS hizo énfasis en que su objetivo central era el reencuentro con el hombre y que su esencia era la revolución espiritual, "comienza cuando el hombre se reencuentra a sí mismo y llega a ser hombre verdadero, en su unidad, totalidad y trascendencia. Para reencontrarse a si mismo, primero debe reencontrar a Dios".

Este reencuentro consigo mismo, con su esencia, requería la superación de los vicios creados por la modernización,

<sup>47</sup> Ramón Callís *La revolución del hombre* (1955), citado por Robertson, *op. cit.*, págs. 263-266.

por el letargo y la apatía. La revolución nacionalsindicalista planteaba, entonces, la necesidad de una triple revolución: la espiritual del hombre, la del nacionalismo y la revolución nacional de los chilenos. La primera buscaba liberar al hombre, devolverle “su trascendencia, su honor, su fe y su jerarquía y exige para ello mística, renuncia, ejemplo y sacrificio absoluto”. De allí que se especificara el carácter duro de la doctrina, llena de heroísmo y exigiendo no sólo la vida sino “cada segundo de la existencia del hombre”. A esta sentido revolucionario era al que se denominaba **estilo**, “estilo de vivir con valentía...heroica y responsablemente y de saber morir”<sup>48</sup>.

La defensa heroica de Dios, base de la revolución espiritual que era a su vez la causa de la patria, implicaba necesariamente ese nuevo “estilo”, ese “ser así” del nacionalismo que trasuntaba un hombre íntegro, “vivo, con sentimientos, no el estereotipado pensador sin nervio ni sangre”. Según los nacionalsindicalistas, el estilo nacionalista era el de la dureza, de la intransigencia doctrinal y táctica, el acuerdo entre pensamiento, prédica y acción: “ Vivir, vivir integralmente, sin permitir parcelamientos del ser en carne, espíritu, momentos o hechos”. La doctrina del estilo implicaba vivir la vida como “ruta de superación haciéndola misión y destino”, vivir humildemente como hijos de Dios, valiente y cristianamente, consciente de la vida y de la muerte; responsable y

“tensamente”, cuerpo y alma hermanados en misión de salvación propia y ajena, vivir como en combate, vivir históricamente como “operarios de la historia”<sup>49</sup>.

En esa existencia dura y violenta había que introducir la intransigencia, “el sacrificio de la vida entera”, para construir la patria revolucionaria, “la única por la cual vale la pena vivir y adquiere significación trascendente el morir”. En esa meta, la intransigencia era la herramienta que permitía diferenciar una personalidad mediocre de otra que rechazaba duramente todo lo que ella no representaba. En pocas palabras, se trataba de un estilo de milicia, de soldado en cuanto tendría que vivir en “guerra contra los enemigos de la patria”. En este estilo miliciano, evidentemente, había una glorificación a la violencia tal como la tuvieron las JONS en sus inicios y el fascismo. La violencia, en este caso, no era ejercida contra “otros” o el exterior, como en el fascismo, sino presionando el interior del hombre ya que la violencia creaba voluntad, endurecía el carácter y sublimaba el espíritu. Se trataba de una “santa violencia”, aquella que “templa a golpes de sacrificio y de autocontrol el interior mismo del violento” y que es producto de la fe. En ese sentido, la violencia para el MRNS no era un arma de destrucción física sino “la fuerza centellante del espíritu” porque la lucha era en nombre de Dios: “sólo la santa violencia puede salvarnos. Sólo el estilo, la actitud heroica

<sup>48</sup> BN, No. 6, sept. 1952.

<sup>49</sup> BN, No. 14, sept. 1954.



puede destrozar en nombre de Dios y del espíritu, a las fuerzas de la rebelión demoníaca". Para lograr rescatar el mundo para el hombre, hijo de Dios y librarlo del materialismo marxista y capitalista, se requerían guerreros, es decir, hombres dueños de conciencia, personalidad y libres pero subordinados a Dios. Era una tarea de amor, había que "morir y matar como guerreros, como caballeros de la orden de la revolución. La cruz en la empuñadura de la espada. El perdón y la oración en los labios y el corazón"<sup>50</sup>.

Como es obvio, el sustrato básico de toda esta cosmovisión era la fe en Dios, médula de acción, la fe como elemento sustancial porque sólo ella implica una convicción intransable y dogmática que da "sentido e impulso a la vida". La fe permitía una prédica verdadera, profunda, susceptible de ser apreciada y creída por los otros, pues "si nuestra actitud no tiene la solidez de la forja al rojo vivo, podremos interesar a los novedosos, pero nunca incendiar al pueblo o inflamar a Chile con nuestra revolución"<sup>51</sup>.

Como se ha podido apreciar, el MRNS representa un quiebre con el nacionalismo chileno de mediados de los cuarenta enfrentado al desafío de recuperar la bandera revolucionaria y rupturista en que había logrado constituirse el nacismo: el MRNS decidió recuperar la epopeya. Su adhesión al catolicismo cumplió, así, dos funciones y respondió a dos intereses centrales. Por un lado, el catolicismo le

permitió recuperar el sentido de trascendencia perdido en los años cuarenta, convirtiendo a sus sostenedores en especies de cruzados medievales contra las fuerzas de la modernidad. Y es en ese sentido donde el catolicismo cumplía su segunda función: dar al nacionalismo una bandera emocional lo suficientemente fuerte como para lograr despertar los sentimientos más profundos de la comunidad nacional, del pueblo. Creemos que la adhesión al nacional sindicalismo y su baluarte del tradicionalismo católico, respondió a la necesidad real de estos movimientos de convertirse efectivamente en un fenómeno masivo, con arraigo. Como es sabido, uno de los problemas más serios que ha tenido el nacionalismo criollo ha sido su escasa capacidad de convocatoria en relación a los partidos, salvo la excepción del nacismo con la fe fascista, cuyo impacto desapareció junto con la decadencia de González von Marées. El catolicismo le permitía al MRNS competir en mejores condiciones, exaltando la variable emocional e irracional. Buscó atraer a la masa despertando sentimientos en oposición a los partidos que lo hacían con ideologías y programas: "la doctrina no vale por lo bien construída...sirve, plasma, esculpe historia en las almas del pueblo, cuando el que la predica arde como un leño seco, cuando entre sus dedos estallan las chispas de la propia convicción...de la propia fe"<sup>52</sup>. Fue en ese marco donde el MRNS decidió situar su lucha durante los años cincuenta, tratando de conservar el ambiente emocional que había rodeado la crisis partidaria y la

<sup>50</sup> *BN*, No. 10, oct. 1953; No. 13, julio 1954.

<sup>51</sup> *BN*, No. 18, julio 1955.

<sup>52</sup> *BN*, No. 18, julio 1955.

elección de Ibáñez con un discurso basado en pura fe, en dogma, que le permitiría mantener encendida la llama de la rebelión. En esa opción fue que la doctrina nacionalsindicalista ofrecía la plataforma oportuna para revivir el credo revolucionario, rescatar la mística de la violencia, el combate y el sacrificio como “el” estilo de lucha.

Naturalmente, quienes mejor podían responder a ese desafío eran los jóvenes pletóricos de idealismo. Tal como las JONS españolas originales se planteaban, el MRNS consideraba que la revolución espiritual debía ser hecha por la juventud, de alma y de edad. Era deber de los jóvenes endurecerse para derrotar a los enemigos de Chile, “conquistar al pueblo para la patria”<sup>53</sup>, es decir, alejarlo del marxismo y de todo intento reformista para ganárselo definitivamente a la causa y lograr el poder<sup>54</sup>. Todo joven debía ser revolucionario, “luchar hasta la muerte contra las clases económicas, los partidos, el comunismo, la masonería y la reacción imperialista”, ser intransigente, poseer una fe inquebrantable, jerarquizarse y vivir heroicamente<sup>55</sup>. Es decir, el cambio radical esperado no podría provenir de masas dominadas por el sistema, sino por aquellos aún incontaminados, capaces de actos y vidas trascendentes. La juventud “que es la única que puede decir hoy día la verdad transformándose en un ariete demoledor y

creador a la vez, consumando la revolución”<sup>56</sup>.

La doctrina nacionalsindicalista les fue útil además para retomar la idea misional y de destino histórico que el nacionalismo chileno siempre había tenido. En efecto, la percepción de decadencia nacional que los distintos grupos nacionalistas tenían, impulsaba la búsqueda de tareas nacionales que le dieran objetivos y sentido a la patria. Dado el marcado sentido de crisis que es posible observar en el MRNS, el afán de misión era también mucho más profundo. De allí que la intransigencia exigida a todos y cada uno, tuviera su correlato político en autocalificarse como “los únicos salvadores de Chile... hombres libres y sanos que luchaban entre tanto vicio”<sup>57</sup>. La vida, por lo tanto, debería vivirse como “ruta de superación y trascendencia”, convirtiéndola en misión y destino. Sólo ésto llevaría a la inmortalidad, a vivir en misión “de salvación propia y ajena, vivir para Dios, la patria y para sí”<sup>58</sup>. El MRNS sostenía que la juventud debía entender “en su sangre” que Chile no era cualquier país sino un pueblo destinado a “conducir y hacer historia”, porque “no es el hambre de pan el que mueve la historia. Es el hambre de historia misma, el hambre de significación, el hambre de finalidades, de metas que den contenido y justificación a la existencia...”<sup>59</sup>. Así como Portales había sabido intuir y desarrollar metas

<sup>53</sup> BN, sept. 1952

<sup>54</sup> BN, nov - dic 1952, págs. 1 y 4

<sup>55</sup> BN, sept. 1952

<sup>56</sup> BN, oct. 1953, págs. 1 y 5. Esto explica el interés por crear frentes juveniles, tales como el Frente de Juventudes, el Frente de estudiantes secundarios nacionalsindicalistas. Ver también, BN, nov. 1954, pág. 4

<sup>57</sup> BN, agosto 1948

<sup>58</sup> BN, sept. 1954, pág. 3

<sup>59</sup> BN, oct. 1953, págs. 1 y 5

nacionales, el MRNS definía la misión de Chile como la de unificar a Iberoamérica creando una Confederación Iberoamericana y preparar a los pueblos hispánicos para la misión de Imperio<sup>60</sup>.

Dado que el MRNS era seguidor de José A. Primo de Rivera, la “voluntad de Imperio” planteada por él para España era tomada por el MRNS pero sin otorgarle sobre América una influencia conductora a nivel cultural, económico, social y político, sino entendiéndola como “Empresa Común”, como símbolo de hermandad en lo universal, plasmada la vida imperial en un esfuerzo de la “raza toda”, abrazada a una sola y común jerarquía, que era la “Misión Hispánica”. En España y América, entonces, existirían varias Españas con la misma tarea de hispanizar el mundo y hacer de la raza espiritual “la más grande unión”, aquella que hermanaba y ampliaba el ideal católico de “un solo Dios, una sola Iglesia, un solo Rey y un solo imperio”. Aquí, si bien el MRNS adhirió al hispanismo como otros grupos nacionalistas, lo hizo desde una posición de igualdad en relación a España y no subyugada. El MRNS consideraba que la España franquista, por lo menos a principios de los cincuenta, equivocaba su voluntad de Imperio cuando intentaba hacer de la unidad misional una relación vasallesca, cuando lo que debía primar era la igualdad; de modo que reconocía el ser de América en España pero no la “conquista y el predominio”. A partir de esta concepción, el grupo entendía la misión

de Chile como el hacer realidad un verdadero iberoamericanismo, esto es, una Confederación de agrupaciones regionales y de naciones “unidas férreamente por una sola voluntad histórica....servir de árbitro, de puente y contrapeso entre un oriente redespertado, una norteamérica industrial y una Europa revitalizada y federada a la vez”. Frente a la unificación del mundo en distintos bloques en plena Guerra Fría, el nacionalsindicalismo diseñaba una meta para Iberoamérica en peligro de ser disputada por esas fuerzas en juego. El punto estaba, y eso hacía la diferencia, en que dicho iberoamericanismo sólo tendría éxito cuando cada país hubiese realizado su revolución interior y la unión pudiera ser hecha en base a una complementación en lo espiritual, en lo hispánico más que en lo económico o en lo ideológico<sup>61</sup>.

La apuesta política radical sostenida por el MRNS exigía una “Revolución Integral” que incluía la toma del poder pero que reivindicaba ante todo justicia, vale decir, la imposición de una comunidad nacional ordenada jerárquicamente de acuerdo al “rango de cada cual según su espíritu e inteligencia”, pues ella habría sido señalada por Dios. En esa óptica, se adhería a la teoría de las élites desde un principio teológico, parte del hispanismo, que permitía sobre esa “desigualdad justa” edificar la sociedad y el Estado. La revolución integral también implicaba el crecimiento económico, cuyo motor se identificaba con la iniciativa privada toda vez que ella era expresión del hombre

<sup>60</sup>BN, mayo 1954, pág. 4

<sup>61</sup>BN, No. 7, nov.-dic. 1952; No. 8, abril 1953; No. 10, oct. 1953.

como unidad. Naturalmente, esa iniciativa se mantendría mediante la jerarquía pudiendo los hombres gozar de los bienes obtenidos con su esfuerzo y respetando las leyes. Para esto era necesario nacionalizar las riquezas del país para pasarlas a la comunidad, tales como la tierra, los yacimientos mineros, la industria, el crédito y la banca, pero sin un criterio estatista sino gremial.

Desde la perspectiva del MRNS, el gremio y el sindicato eran los ejes fundamentales en la “organización económica del Estado contemporáneo”. Es decir, el gremio debería reemplazar a los partidos en la función política y económica del Estado y así dar vida a un Estado Funcional o Gremial. La organización funcional de la sociedad, partía por concebir al sindicato como la instancia primaria para la formación de un sólo bloque “hermanado por la unidad y la misión de Chile”, de lo que se comprende la importancia de definir las tareas nacionales, toda vez que ellas actuaban como instrumentos de superación de los conflictos de clase. El MRNS distinguía dos células básicas: la familia, a nivel social, y el sindicato, en el ámbito económico. A partir de ellos se irían construyendo los gremios (agrupación de sindicatos) y la Confederación de Productores, a la que se sumaría en un estrato superior la Cámara del Trabajo “máximo organismo colegiado de la producción emanado por selección y elección de dicha Confederación”. En el campo social, esta estructuración se

plasmaría a través de la familia, el municipio, la confederación nacional de la familia y la Cámara social “formándose los hombres que después dirigirían toda la comunidad”. El sindicato estaba llamado a ser “el centro director de la industria”, dentro de la comunidad económica como de la convivencia cultural y social. Con esta organización funcional se superarían los antagonismos de intereses y el sindicato pasaría a ser “la vida misma, en existencia alegre y natural”<sup>62</sup>.

En suma, los principios del nacionalsindicalismo fueron útiles al MRNS para revitalizar la lucha nacionalista en tanto definió las tareas de la patria, recuperó su sentido humanitario, de justicia social y revolucionario con el catolicismo, pudiendo presentar un frente al liberalismo y al marxismo con ideales trascendentes, resucitando la profesión de “héroe”.

---

<sup>62</sup> *BN*, No. 5, junio 1952, No. 7, nov.-dic. 1952, No. 13, julio 1954.

## II.- EL IBANISMO EN EL PODER: ¿ LA OPORTUNIDAD PERDIDA ?

Hacia finales de los años cuarenta, el modo de hacer política en Chile comenzó a mostrar abiertamente sus deficiencias. La fórmula de coaliciones amplias y de una tendencia más bien a la transacción que caracterizó al período de los gobiernos radicales, dejó una estela de corrupción, fraude y renunciios programáticos cuyo resultado fue dejar bastante a mal traer el estable sistema político chileno. El descrédito se cernió sobre él, el sistema partidario y sus exponentes. Así, a comienzos de la década del cincuenta existía una abrumadora desconfianza y escepticismo respecto de la política en general y un amplio consenso en torno a la ineficacia de los canales de representación social.

Esta sensación de crisis se vio agudizada por los resultados del proceso de industrialización, como ya se ha señalado. El estancamiento económico a principios de los cincuenta que se percibía como de carácter estructural, el agotamiento del impulso desarrollista, la parálisis del crecimiento, unido a una espiral inflacionaria creciente, ahondaron las reservas de la población respecto de la estrategia probada desde 1939 con la CORFO y encarnada por el Frente

Popular<sup>63</sup>.

Ambos fenómenos, el político y el económico, comenzaban a generar anhelos de cambio. En efecto, ya en la elección parlamentaria de 1949 hubo algunos signos de la búsqueda de nuevas respuestas y de nuevos encarnadores de las ansias latentes. En aquella oportunidad, el otrora dictador Carlos Ibáñez ganó la senaturía por Santiago, obteniendo un importante porcentaje de los votos. Con todo, los partidos tradicionales mantuvieron sus márgenes electorales lo que coadyuvó a conservar su confianza en la capacidad de sus propias fuerzas y de la maquinaria tanto estatal como clientelar para seguir en el poder<sup>64</sup>.

A la hora de nominar los candidatos para la elección presidencial de 1952, las colectividades partidarias más poderosas fueron incapaces de estructurar una propuesta diferente y de mostrar al país la decisión de cambiar la situación existente. Así, conservadores y liberales optaron por Arturo Matte Larraín, un exitoso empresario miembro del Partido Liberal, quien si bien elaboró un discurso de clara hostilidad hacia la actividad política general con un fuerte sello autoritario portaliano,

<sup>63</sup> Muñoz, *op. cit.*; Ortega, *op. cit.*

<sup>64</sup> Ricardo Cruz Coke *Historia electoral de Chile* (1978).

no presentó un proyecto distinto que fuera capaz de superar los problemas estructurales que aquejaban a la sociedad chilena<sup>65</sup>. Por su parte, el eje del gobierno desde hacía catorce años, el partido Radical, eligió como su abanderado a Pedro Enrique Alfonso, acompañado también por los socialdemócratas, los falangistas y los democráticos oficialistas. A pesar de la gran responsabilidad que teóricamente caía sobre sus hombros, Alfonso sólo aspiraba a conservar la cuota electoral que su partido había obtenido en 1949<sup>66</sup>. Su imagen, sin embargo, estaba asociada a González Videla y a la creación de la Ley de Defensa de la Democracia, en un momento en que su partido estaba imposibilitado de establecer alguna alianza con opciones de triunfo, viéndose sobrepasado por la reputación asociada a su colectividad. Estas dos campañas eran el reflejo de una política que no aspiraba a grandes cambios, expresión de los partidos y de los grupos más poderosos y pueden ser asociadas a la continuidad.

Una tercera candidatura, pequeña, estuvo representada por Salvador Allende, quien se presentó como exponente de una postura netamente de izquierda, y que rechazó el apoyo a Ibáñez brindado por el Partido Socialista Popular. Es decir, se trataba de un rechazo "desde la izquierda" al caudillo militar. Más importante aún, fue la primera alianza propiamente popular: el "Frente del Pueblo" de Allende constituyó una estrategia independiente a futuro para los marxistas con una propuesta de cambios

profundos<sup>67</sup>. El cuarto candidato fue Carlos Ibáñez, apoyado por el Partido Agrario Laborista (PAL), el Partido Socialista Popular, radicales doctrinarios, democráticos del pueblo, el Partido Femenino y numerosas agrupaciones pequeñas. Estas dos últimas candidaturas señalaban un deseo de quiebre con las prácticas políticas mantenidas hasta entonces. Como es sabido, el 4 de septiembre de 1952 el "General de la Esperanza" daba un golpe al dominio partidario y reeditaba el fenómeno caudillista, haciendo primar los rasgos carismáticos y populistas por sobre los elementos proyectuales y de organización. Logrando atraer a las masas, obtuvo el 46.7% de los sufragios con una fórmula que intentaba canalizar a través de su liderazgo la energía del pueblo<sup>68</sup>.

El triunfo ibañista era la máxima expresión del agotamiento de las prácticas políticas, una reacción "nacional" frente a ellas y un deseo ferviente de cambio. No sólo era la identificación que la masa ciudadana hacía de los partidos con la inflación, la carestía o el racionamiento, sino la convicción de que ellos eran los culpables de todos los males de la nación. Tal como durante el VI Congreso Nacional del PAL se analizó: "El triunfo fue la expresión de una reacción ante la forma en que los partidos tradicionales de este país entendían la política y que no era otra cosa que la más sucia politiquería". Asimismo, los sectores falangistas interpretaban lo

<sup>65</sup> Flavio Cortés "La derecha política chilena y su relación con el autoritarismo. 1952 - 1970" (1983), págs. 43-67.

<sup>66</sup> Arturo Olavarría, *op. cit.*, pág. 110.

<sup>67</sup> Tomás Moulián "El gobierno de Ibáñez. 1952-1958" (1986), pag. 10; Paul Drake *Socialismo y Populismo en Chile: 1936-1973* (1992), págs. 276-277.

<sup>68</sup> Moulián "el gobierno...", págs. 71-72. A. Matte obtuvo un 27.7%, P. E. Alfonso un 19.9% y S. Allende un 5.4%. Peter Snow *El radicalismo chileno*, pág. 146.

sucedido como el fruto de la acción partidaria, la cual “ha contribuido poderosamente al auge de este movimiento antipartidario”. En ese plano, Ibáñez representaba la antítesis del hombre de partido, de espíritu independiente y austero<sup>69</sup>.

Este cansancio generalizado, no obstante, daba cuenta de un proceso mucho más profundo que el simple desgaste de fórmulas políticas o de ciertas coaliciones. Dichas alianzas habían logrado, entre 1938 y 1950, generar una serie de reformas de tipo social y político y de algún modo democratizar la sociedad, aunque sin cuestionar de fondo el modelo de dominación dejando intocadas ciertas áreas claves de la economía, del Estado y del poder. Si bien esta estrategia permitió alcanzar algunos objetivos de importantes sectores sociales sin provocar con ello un quiebre interno, dejó como herencia una serie de frustraciones que a la larga desarrollaron una actitud escéptica respecto de ambiciones de transformación social por la vía de los acuerdos. En ese sentido, el triunfo ibañista puede ser visto como el comienzo de la búsqueda de proyectos alternativos capaces de democratizar efectivamente la sociedad o de alcanzar el crecimiento y el progreso económico con una relación social menos conflictuada. Aunque el fenómeno ibañista en relación a la neutralización de los partidos fue momentáneo y en la práctica su gobierno se convirtió en el puente que permitió su reestructuración, él puso de manifiesto

anhelos incipientes de soluciones globales a los problemas nacionales, tendencia que se fortalecería en la década de los sesenta y que encontraría nuevos cauces.

La plataforma electoral de Ibáñez partía de la percepción del momento como de profunda crisis, de estar el país sumido “en una tremenda descomposición moral”, lo cual revestía a su figura y lo que ella expresaba de un “contenido de salvación pública y de restauración nacional”. El sentido mesiánico ya experimentado veinte años antes, era retomado por Ibáñez en un intento de superar en la praxis el esquema partidario de canalización de aspiraciones. En este plano, Ibáñez apostaba a las “fuerzas vivas” de la nación que se despertaban para “salvar” a la patria amenazada, situación evidente en 1952. Esta percepción de salvación que se autoadjudicaba se hacía presente “con la misma fuerza renovadora y purificante con que las reservas misteriosas de salud y de la vida, recorren un cuerpo enfermo, en la lucha victoriosa contra la muerte y la destrucción”. Su candidatura era, entonces, expresión de fuerzas más profundas, salidas de las entrañas de la patria, que se hacían manifiestas a través de él que emergía como el salvador y el regenerador. La decadencia nacional tenía posibilidades de ser revertida puesto que tanto él como sus seguidores estaban identificados con lo más auténtico “del alma colectiva de la nacionalidad y de la raza, representando en este momento histórico el verdadero destino de la nación”<sup>70</sup>.

<sup>69</sup> Patricio Dooner “La segunda administración de Ibáñez. Un mentís a la tradición democrática chilena” (1979), págs. 1-5.

<sup>70</sup> Carlos Ibáñez “Lo que haremos por Chile” (1952).

Frente a la preeminencia de un discurso que desde hacía muchos años hacía hincapié en los proyectos de transformación social, apoyándose en plataformas ideológicas, Ibáñez oponía un discurso más bien emotivo que buscaba despertar sensibilidades latentes, a punto de aflorar dado el contexto socio-político-económico existente. Su referencia a nociones como raza, alma colectiva, destino de la nación, buscaba responder al enfoque racionalista de sus opositores y movilizar a la sociedad en torno a valores "trascendentes" e inmutables como los antes mencionados. La "salvación" de la patria, por tanto, requería de la nación entera movilizada tras el caudillo.

Tras los diferentes acápites del programa ibaísta se traslucía una clara disconformidad con el funcionamiento del sistema político. Desde su perspectiva, el carácter democrático de éste se hallaba desvirtuado tanto por la existencia de leyes de excepción como por defectos de funcionamiento que redundaban en acciones equívocas de gremios y sindicatos. Ello urgía reajustar tal régimen a las "realidades de la vida nacional", poniendo "término a la inestabilidad política y social", al tiempo que se neutralizaría la influencia de los partidos en la burocracia, reestructurándola. Antipolítica, antipartidos, ansias de estabilidad y de atenuación del conflicto social, constituían el fondo de la apuesta ibaísta. Las reformas necesarias del sistema apuntaban a restañar las heridas de una sociedad fracturada por tendencias

---

---

en pugna.

En términos económicos, Ibáñez intentaría superar el estancamiento del momento aumentando la capitalización nacional e iniciando un vasto plan de recuperación. Se trataba de "organizar todos nuestros recursos económicos, técnicos y humanos al servicio de una política de fomento de la producción con vistas a elevar progresivamente el consumo popular". Se armonizarían las iniciativas privadas y públicas dentro de un plan conjunto elaborado con criterio técnico y sentido social. Esto último requería de una modificación en las relaciones entre empresarios y trabajadores, del "perfeccionamiento de la legislación del trabajo y de la seguridad social", de la extensión de sus beneficios a todas las categorías de asalariados por igual y la reorganización del servicio previsional para transformarlo en uno público a "base de tributación directa". Implicaba, asimismo, reconocer ampliamente la libertad sindical, crear las condiciones de participación de los trabajadores en la gestión de las empresas y organizar cooperativas que dieran acceso a los trabajadores "a la propiedad de las empresas de producción y distribución".

En el terreno internacional, Ibáñez planteaba la necesidad de los países latinoamericanos de afianzar "sus vínculos de solidaridad espiritual y económica", a fin de presentar un frente común más homogéneo. Chile como país rico en



materias primas estratégicas, era más susceptible de ser presionado por los “Imperios”, para lo cual debía prepararse para resistir y defender su soberanía.

Por último, el país volvería a ser más poderoso si fortalecía su defensa replanteando el rol que las fuerzas armadas debían cumplir en la sociedad. Había que mejorar su adiestramiento, pero sobre todo convertirlas en “colaboradoras (de la) capacidad cívica de nuestro pueblo y en las tareas que exige el progreso general del país”; esto es, incorporarlas a la realización de los objetivos económicos y educacionales del Estado<sup>71</sup>.

En síntesis, el caudillo prometía crecimiento y progreso económico con justicia social, acompañado de un engrandecimiento general del país reflejado en su fortaleza interna y externa. El énfasis en la incorporación de las demandas populares era, en gran parte, el resultado del respaldo que le estaba brindando el Partido Socialista Popular, decidido a imprimirle a la candidatura un sello “progresista” desde dentro. Todo esto se conseguiría creando un clima de orden social, de respeto a las autoridades, a las instituciones y a los valores nacionales, principios fundamentales del agrariolaborismo. La nación volvería a ser una, movida por objetivos claros y envuelta en principios inmutables y trascendentes. Nacionalismo y populismo se reunían en esta heterogénea candidatura. Ibáñez, el líder de siempre de los nacionalistas llegaba

por fin al poder para hacer realidad sus sueños y esperanzas de ver la patria restituída. Llegaba finalmente la hora del nacionalismo.

---

<sup>71</sup> Ibáñez, *op.cit.*, págs. 7-11.

## IBAÑISMO Y PRATISMO

Al momento de producirse la candidatura presidencial de Ibáñez, varias agrupaciones pequeñas se sumaron a ella entre las cuales estuvo Estanquero. Como es sabido, desde la década del treinta Ibáñez se convirtió en el líder de los grupos nacionalistas y aunque en la mayoría de los casos él no era la cabeza de tales movimientos, a la hora de ofrecerle su apoyo ninguno de ellos dejó se restó. Incluso en aquellos casos en que se trataba de entidades no dispuestas a transar por motivo alguno con el sistema, de todas formas terminaban por respaldar a Ibáñez en sus sucesivas tentativas legales por llegar al poder, como de hecho ocurrió en 1938 y 1942.

En el caso de la elección presidencial de 1952, igual que en ocasiones anteriores los nacionalistas se aprestaron a jugarse por el triunfo ibañista, en quien veían encarnados los principios de orden, jerarquía, disciplina, rectitud, valores nacionales, ansias de misión histórica y la conducción necesaria. Dada la situación de crisis que afectaba al sistema político chileno en ese momento, el discurso nacionalista que hemos reseñado encontró un terreno propicio para ser escuchado y valorizado y por ello sintió renacer sus

esperanzas de que al fin la doctrina de la patria tendría su hora.

Ya desde finales de 1950, los estanqueros se identificaron con “el General” pues consideraban que “empuñaba una buena bandera”, ampliamente celebrada por los sectores independientes. El grupo coincidía con Ibáñez en los “imperativos portalianos de eficiencia, honradez y austeridad en la administración; justicia y trabajo en el pueblo; apartidismo y criterio nacional en los estadistas; espíritu social, progresismo y producción en el capital; servicio público, selección y patriotismo en los partidos”. En todo aquello había un criterio común de salvación que se abría paso en la nación.

Los estanqueros esperaban que el cansancio que abrumaba a la sociedad se tradujera en un rechazo masivo a los candidatos de los diferentes partidos. No temían a la falta de respaldo de una colectividad poderosa pues estaban esperanzados en los electores. Tal como había ocurrido con Perón en Argentina, Vargas en Brasil y Odría en Perú, llevados a la primera magistratura “por irresistibles fuerzas populares pese a la orfandad partidista”, Ibáñez sería el ganador<sup>72</sup>. Ello

<sup>72</sup> ES. 25. 11. 1950, pág. 7.

sería así porque sólo una gestión portaliana de sobriedad, mando, jerarquía, trabajo y justicia podría darle a Chile el lugar que le correspondía y hacer la labor de "profilaxis" que se ansiaba. Esto no significaba que los partidos desaparecerían pues ellos eran consustanciales a toda democracia bien constituida, pero deberían sufrir un reagrupamiento de acuerdo a nexos ideológicos comunes. Dicha unificación alejaría el aspecto inorgánico exhibido por la democracia "y el espectáculo de banderías anarquizadas y personalistas que actúan en nombre de subalternos intereses y no de verdaderos principios y doctrinas".

**Estanquero** hizo suyo el símbolo de la escoba enarbolado por Ibáñez, toda vez que él era expresión de un momento muy particular vivido por el país. Así como "la escarapela tricolor, el fascio romano, la cruz gamada, han constituido enseñas que marcan etapas en el devenir de las naciones", Chile se encontraba en uno de esos instantes decisivos: un movimiento general recorría la nación aspirando a renovar el "ambiente corrompido. Y también ha necesitado de un distintivo, representándose como el más apropiado para iniciar sus propósitos, la escoba". Ella sería el instrumento de limpieza de las prácticas políticas, de los malos hábitos, de la deshonestidad, para dar paso a la capacidad y al mérito.

De acuerdo a esta visión, el triunfo ibañista no significaría la victoria de un

hombre ni de un partido, sino de una nueva concepción nacional. Ibáñez gobernaría para todos los chilenos, encauzando las organizaciones del trabajo y de la producción hacia fines generales y no particulares. Esto es lo que constituiría la gran cruzada nacional, en cuya base estaría el cumplimiento de "aquellos anhelos que en 1927 formuló Ibáñez en cuanto a la organización de la fuerzas vivas de la nación"<sup>73</sup>.

Ibáñez era, así, "la esperanza de un pueblo", según las palabras del mismo Jorge Prat. Desde su perspectiva, la situación del momento era de caos pues lo que predominaba era un "partidismo viciado" carente de altos fines. El problema estaba, a su juicio, en la confusión entre política y negocios que presentaban los partidos desde que sus sectores económicos habían comenzado a dirigirlos, desplazando a las fracciones más tradicionales: "cuando la política está tan ligada con la economía y los negocios, el personal político tiene necesariamente que decaer porque el motor que impulsa hacia la política deja de ser el amor a la patria.....y es remplazado por el espíritu de lucro". Eso explicaba que un porcentaje considerable de los parlamentarios usaran su calidad de tal para el mejor éxito de sus empresas. Por eso, Prat adhería a Ibáñez pues él representaba la antítesis de ese caos, del continuismo. Seguía siendo a ojos pratistas, un hombre sin ambiciones personales, "compenetrado de una suerte de misión providencial de sacrificio e inmolación por

<sup>73</sup> ES.06.01.1951, pág.3; 07.04.1951, págs. 14-15; 12.05.1951, pág. 10; 28.07.1951, págs. 15-17; 01.03.1952, pág. 14; 26.01.1952, pág. 14; 15.03.1952, págs. 14-15

su pueblo”.

En el fondo, los pratistas tenían en su mente la imagen del Ibáñez de los años veinte, quien había realizado una depuración de la política y encauzado los destinos nacionales con un criterio de orden, autoridad y justicia social. Considerando el diagnóstico hecho, era precisamente esa mano fuerte, decidida, pero también justa la que el país requería en ese “duro trance”. En pocas palabras, la figura de un Estado paternalista que sabe cuidar de sus retoños pero que a cambio de la seguridad exige obediencia y respeto: “Estado tutelar no significa estado socialista, sino mano que reprime donde hay abuso, que dirige donde hay contradicción y que suple donde hay ausencia”. Ibáñez encarnaba, entonces, mejor que nadie “la misión paternalista del Estado”<sup>74</sup>.

Apoyados en estas imágenes y estas esperanzas, los pratistas describieron lo que a su juicio debería ser la acción depuradora y creadora ibañista. En materia política, integrar al Estado tanto a los gremios como a elementos elegidos democráticamente; una triple acción económica tendiente a dar eficiencia al régimen administrativo y tributario, mantener el rol tutelar del Estado y limitar los poderes “excesivos” de los intereses privados y de los sindicalizados. Para esto se requería de un gobierno que contara con la confianza de las mayorías, con la “certeza de que desde arriba se vela por ellas”<sup>75</sup>. Ibáñez era ese hombre.

A la hora del triunfo, los pratistas consideraron que la lucha por la salvación había comenzado asentada en una profunda “fe en Ibáñez”. El tenía ahora en sus manos el poder necesario para iniciar ese proceso largamente esperado.

La ascensión del nuevo mandatario, sin embargo, no estuvo caracterizada por la claridad de caminos a seguir ni por la uniformidad de prioridades. La heterogeneidad del grupo que acompañó al candidato, más el espíritu personalista de Ibáñez y su concepción del poder dificultaron el diseño de políticas, dándole al nuevo gobierno un carácter bastante caótico. El populismo ibañista pretendía favorecer a los trabajadores, incrementar la intervención del Estado, controlar a los grupos empresariales y económicos más poderosos, privilegiar la autoridad presidencial, dándole más importancia al crecimiento y menos a la inflación. El problema estaba en que estos propósitos deberían cumplirse dentro del contexto de aguda crisis que vivía el país y con criterios disímiles a aplicar. El resultado de estos variados objetivos fue una rotativa ministerial sucesiva y la adopción de medidas contradictorias que debilitaron tempranamente la confianza en la capacidad del caudillo para cumplir sus promesas.

Con todo, los tres primeros años de su gestión (1952-1955) pueden ser calificados de propiamente populistas. Durante ese período, solicitó al Congreso facultades extraordinarias para ampliar el

<sup>74</sup> Jorge Prat “Posición personal: Ibáñez y la esperanza de un pueblo”, *ES*, 26.07.1952, págs. 19-22.

<sup>75</sup> *Ibid.*

control público sobre las diferentes áreas económicas, favorecer la expansión mediante una política de redistribución de ingresos, consolidar a los sectores burgueses y estimular la organización de los trabajadores. Una vez obtenidas las facultades, podría aumentar las atribuciones del Banco Central para manejar el crédito, crear el Instituto Nacional de Comercio (INACO) para intervenir dicha actividad a nivel interno, formar la Superintendencia de Abastecimiento de Precios y crear el Banco del Estado<sup>76</sup>.

Parte de esta estrategia inicial fue compartida por Jorge Prat, quien fue llamado por Ibáñez para hacerse cargo de la última tarea mencionada. En efecto, el mandatario designó al líder de los estanqueros Presidente de la Caja Nacional de Ahorros, cargo desde el cual se propuso concretar la idea ya presente de crear un Banco del Estado. Desde hacía años se tenía la convicción de la necesidad de ciertas reformas que permitieran canalizar los recursos tanto financieros como de crédito hacia áreas de la producción nacional. Ello requería la unidad de todas las instituciones de crédito público para encauzarlos de acuerdo a ciertos planes previos de desarrollo. En función de esto, en julio de 1953 se creó el Banco del Estado que inició sus operaciones en septiembre el mismo año<sup>77</sup>.

La nueva institución nació de la fusión de la Caja Nacional de ahorros, la Caja de Crédito Hipotecario, la Caja de

Crédito Agrario y el Instituto de Crédito Industrial, las dos últimas nacidas durante el primer gobierno de Ibáñez. Jorge Prat pasó de la presidencia de la Caja a la del Directorio del Banco, cargo que desempeñaría hasta 1955. Al momento de asumir su cargo, Prat señaló que el Banco "Ante todo capitalizará a los departamentos que se harán cargo de las operaciones que antes realizaban la Caja de Crédito Agrario y el Instituto de Crédito Industrial, organismos que se financiaban mediante el redescuento y los préstamos en el Banco Central. Estas operaciones, netamente inflacionistas eran resentidas con razón, lo cual mantenía siempre escasas las disponibilidades para el crédito agrario e industrial. Este tipo de crédito tendrá ahora abundantes disponibilidades, sin necesidad de recurrir al Banco Central, ya que los cuantiosos depósitos que hoy tiene la Caja de Ahorro y que mañana entrarán al Banco, a través de los Departamentos Bancarios y de Ahorro podrán satisfacer todas las necesidades. Este financiamiento que se basará en depósitos y no en emisiones, eliminará del país un factor inflacionista"<sup>78</sup>. Tal como en los años veinte, se trataba de seguir desarrollando las fuerzas productivas a través de la promoción del crédito, tarea en la que el Estado estaría cumpliendo su rol paternalista como se esperaba.

La organización del Banco mediante la fusión de las instituciones nombradas, significó el retiro de la banca privada de los depósitos fiscales. Esto implicó para Prat enfrentarse a los sectores financieros de los

<sup>76</sup> Tomás Moulián "Le gobierno..", págs. 21-24.

<sup>77</sup> Lenka Friedman W. 40 años. Banco del Estado de Chile (1993), pág. 29

<sup>78</sup> Ibid., pág. 32. También Miranda C., op. cit., pág. 11.

bancos comerciales privados, quienes rechazaban la idea por la menor disponibilidad de recursos que tendrían con los retiros y porque temían que la nueva entidad se convirtiera en competidora. Estos sectores no olvidarían la participación de Prat en este asunto.

Durante los primeros meses, el gobierno pudo sostener su política pues la inflación fue moderada. Sin embargo, el fin de la Guerra de Corea provocó serios desajustes en las cuentas públicas. Los ingresos provenientes por concepto de las ventas del cobre se retrajeron como efecto de la reducción de las exportaciones con la consiguiente alza inflacionaria, circunstancia que indujo a las autoridades a desistir de sus intenciones de controlar la comercialización del mineral. Una nueva legislación permitió aumentar las inversiones norteamericanas al reducirse los impuestos a los que estaban sujetas y les entregó el control completo de la comercialización. Los efectos de la pérdida de los mercados cupríferos comenzaron a mostrarse ya durante el año de 1953, originando no sólo cambios ministeriales sino también la adopción de un plan económico de emergencia tendiente a reducir el gasto público, devaluar la moneda y mantener el poder adquisitivo de los asalariados a través de la ampliación de la cobertura de la asignación familiar y el congelamiento de precios. La inflación, sin embargo, se desató. En la práctica ésta se tradujo en un alza de 72.2% en el período anual entre 1953 y 1954, cifra

absolutamente récord para la época<sup>79</sup>.

Uno de los frutos más problemáticos del fracaso de la política económica implementada, fue el incremento de la actividad huelguística respaldada entonces por la recién estrenada Central Única de Trabajadores (CUT) que acentuó la combatividad de los trabajadores dirigiendo las luchas por mejores salarios e inamovilidad del empleo. La CUT exigía que los asalariados del sector privado recibiesen aumentos de salarios semejantes a los percibidos por el sector público, a quienes debía reajustarse de acuerdo a la ley, esto es, según el índice inflacionario. La insuficiencia de los recursos para asumir siquiera los gastos corrientes, provocaron no sólo una caída en la popularidad de Ibáñez sino también una ola generalizada de huelgas y la necesidad de aplicar algún plan de estabilización, aunque todavía dentro de los márgenes populistas, como no ocurriría más adelante<sup>80</sup>.

Tras el fracaso de su segundo gabinete en mayo de 1954, Ibáñez recurrió nuevamente al espíritu portaliano y estanquero, entregando la cartera de Hacienda a Jorge Prat, después que las gestiones de Eduardo Frei fracasaron y el PAL se retiró del gobierno. Prat ejercería su cargo desde los primeros días de junio del año antes indicado hasta enero de 1955. El líder de los estanqueros entró, así, a formar parte de lo que se denominó un gabinete de administración de carácter

<sup>79</sup> Julio Faúndez *Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973* (1992), págs. 60-61 y 111-113; Moulián "El gobierno...", págs. 24-30.

<sup>80</sup> La credibilidad en Ibáñez ya se había resentido con motivo de su autorización al alza de tarifas de la locomoción colectiva a poco de asumir, contraviniendo su promesa de detener las subidas de precios. A ella se sumaron poco después el trigo, la harina, el pan, la carne, el gas la luz, entre otros. Olavarría, *op. cit.*

técnico con prescindencia absoluta de los partidos<sup>81</sup>. Tal como recordaría casi veinte años después Sergio Miranda: “En él hasta entonces peor momento de su gestión, el Presidente Ibáñez llamó a Jorge Prat al Ministerio de Hacienda.... Jorge tenía sólo 36 años. Parecía, por fin, haber llegado la hora del nacionalismo, frustrado durante generaciones”. Junto con Prat llegaron al gobierno otros tres nacionalistas a diferentes ministerios y otros a distintas subsecretarías. “El que había sido el minúsculo grupo de los estanqueristas era al fin Gobierno” y se dispuso a gobernar.

Prat dio prioridad al problema inflacionario e inmediatamente después de asumir envió a todos los ministerios una circular dando a conocer las medidas necesarias de adoptar en relación a un Plan de Economía que esperaba iniciar. Dicho plan incluía no proveer las vacantes que se produjeren en la administración pública en el resto del año y, de ser necesario, se haría con personal de la planta suplementaria; suspender los traslados y comisiones de personal para evitar gastos en viáticos, pasajes y otros; no iniciar nuevas obras y sólo mantener el ritmo de trabajo de aquellas ya en ejecución y evitar todo tipo de adquisiciones. La base de este proyecto, estaba en la convicción de Prat que uno de los factores que más incidía en la cuestión inflacionaria era el desfinanciamiento fiscal producto de un gasto excesivo no acorde con los ingresos. Hablando a los parlamentarios exponía: “Todos los aquí presentes estamos convencidos, creo yo,

que el desfinanciamiento presupuestario es la principal válvula de estímulo a la inflación, así como todos estamos convencidos que la inflación es un mal que va socavando poco a poco todas las bases de la estabilidad social, institucional y económica del país”. De acuerdo a este diagnóstico, debería iniciarse una acción conjunta para estabilizar el presupuesto abandonando la costumbre de emisión descontrolada y buscando otras fuentes de financiamiento<sup>82</sup>.

Pocos días después, en combinación con el Superintendente de bancos y el Presidente del Banco Central, Prat envió una circular a los gerentes de estas instituciones a fin de iniciar una política de restricción del crédito. De acuerdo a ésta, se disponía una limitación a la tasa de crecimiento de los préstamos bancarios colocando como límite para ella un 1,75% al mes, en los bancos de Santiago, y de 2% en los de provincia. Si bien se trataba de apoyar la actividad productiva promoviendo el crédito, tal como se pensó al crear el Banco del Estado, ésta debía estar regulada para impedir que se convirtiera en un foco inflacionario, como de hecho estaba ocurriendo. La mantención de una política de austeridad en el gasto público, como la que Prat estaba intentando implementar en materia de préstamos, sin embargo, no fue tan bien mirada por los distintos sectores productivos quienes temieron por un problema de falta de capitales. Con todo, Prat llevó adelante esta parte del plan de estabilización

<sup>81</sup> El nuevo gabinete estuvo constituido por el general Abdón Parra en Interior; Prat en Hacienda; Jorge Silva Guerra en Economía; Pedro Lira Urquieta en Relaciones Exteriores; el coronel Benjamín Videla en Obras Públicas; el general Tobías Barros Ortiz en Defensa Nacional; Eugenio Suárez en Agricultura; Carlos Vasallo en Salubridad; Osvaldo Koch en Justicia; Luis Mackenna en Minas; Ignacio Cousiño en Trabajo (estanquero) y Mario Montero en Tierras (estanquero). *El Diario Ilustrado*, 05.06.1954, pág. 1.

<sup>82</sup> *El Diario Ilustrado*, 16.06.1954, pág. 4.

adjuntándolo al de reforma tributaria<sup>83</sup>.

En efecto, una forma de procurar nuevos ingresos a las arcas fiscales adoptada por Jorge Prat fue la aplicación de una reforma a los tributos, que implicó la imposición de nuevas cargas. De acuerdo a los cálculos del Ministro de Hacienda, los 10 mil millones de pesos que el proyecto de nuevos tributos aportarían, tal como había salido de la Cámara de Diputados, sería insuficiente para saldar el déficit del presupuesto fiscal, razón por la cual se hacía necesario modificarlo de modo que otorgara los recursos suficientes.<sup>84</sup>

De acuerdo a la importancia que Prat asignaba al desfinanciamiento público como foco inflacionario, la reforma a los impuestos alcanzó un significativo lugar en la superación del problema. Prat insistió en la importancia de otorgar recursos al ejecutivo para evitar que el déficit fiscal llegara a los 40 mil millones de pesos y terminar con el presupuesto equilibrado, cumplir con los compromisos con las fuerzas armadas y el sector público. Por ello era preciso que el Congreso aprobara las numerosas indicaciones hechas por el Ministro de Hacienda, así como el gobierno había renunciado a sus facultades emisoras. Las indicaciones estaban referidas a un recargo al impuesto a la renta que se aplicaría durante el segundo semestre de 1954 y que sería transitorio; un aumento en el impuesto territorial; un alza a las herencias; la creación de un impuesto de

150 mil pesos a los importadores; un impuesto a los deudores, convertidos según Prat, en una clase verdaderamente privilegiada; nuevos impuestos a los automóviles, al tabaco, al turismo, entre otros y el de transferencia y a la compra y venta.

El último impuesto afectó tanto a la compra y venta de bienes raíces susceptibles de mucha especulación en ese período inflacionario, como a las transferencias de propiedades a las que se les incrementó el porcentaje de pago. De acuerdo a ley de 14 de agosto de 1954, los comerciantes e industriales que no otorgaran facturas estarían obligados "a emitir por toda clase de ventas, comprobantes por las operaciones que efectúen, siempre que no sean inferiores a cincuenta pesos". A su vez, aquellos que quedaban sujetos a este tributo debían "cargar separadamente al que adquiriera la especie respectiva una suma igual al monto de dicho impuesto. Este recargo se hará efectivo aún cuando los precios o remuneraciones estén fijados por disposiciones legales". Asimismo, la ley estipulaba que todos los comerciantes estaban obligados a inscribirse en Impuestos Internos<sup>85</sup>.

A los dos meses de gestión, Prat se encontraba ampliamente satisfecho toda vez que había logrado que el Congreso le diera el financiamiento a los gastos públicos por medio de la reforma tributaria y cumplir la promesa dada al Presidente en tal sentido.

<sup>83</sup> *El Diario Ilustrado*, 25.06.1954, pág.3. Al mismo tiempo, Prat ordenó que se traspasaran al Banco del Estado los depósitos señalados por el decreto de julio de 1953 que instituyó a dicho Banco como el depositario de los fondos mantenidos por el estado y las distintas instituciones fiscales. *El Diario Oficial*, 24.08.1954, pág.2.

<sup>84</sup> Miranda C., *op. cit.*, pág.12.

<sup>85</sup> Para el tema de la reforma tributaria del período pratista, ver *El Diario Ilustrado*, 01.07.1954, pág.3; 09.07.1954, pág.2; 16.07.1954, pág.4; 17.08.1954, pág.5; 25.08.1954, pág.6; *El Diario Oficial*, 31.08.1954, pág.3. También Ricardo Erench-Davis, *Políticas*



A su juicio, las cargas aprobadas no recaerían sobre los empleados ni los obreros "a quienes el gobierno estaba empeñado en proteger. Los tributos los pagarán quienes pueden hacerlo: propietarios, rentistas, importadores, dueños de automóviles, quienes deseen artículos suntuarios y todos aquellos que se han beneficiado mediante la inflación a través del mecanismo del crédito". Por ello también se hacía énfasis, en que ex-profeso se habían establecido algunas excepciones tales como los productos alimenticios de amplio consumo. En este plano, el slogan que acompañó la campaña por el impuesto a la compra y venta "Que paguen los poderosos" coincidía plenamente con él, aún subsistente pero agónico, populismo ibañista.

Una segunda etapa de su gestión, estuvo dedicada a la elaboración de un "Plan de Rectificación Económica" consistente en la creación y atribuciones de una Junta de Estabilización Económica, eje del proyecto. Según éste, la Junta era creada con la misión de propender a la estabilización de la economía nacional mediante "su intervención en la regulación de los precios y remuneraciones". Tendría la obligación de seleccionar los artículos de primera necesidad, fijándole sus precios o tarifas; declarar el racionamiento de los productos de primera necesidad cuando la escasez lo hiciera necesario; pedir a la máxima autoridad rebaja de los derechos aduaneros y liberación de trámites legales para esos mismos artículos cuando la

situación del consumo interno y de la estabilización económica así lo ameritara. Determinar el índice del costo de la vida para cada zona del país, establecer el porcentaje de reajuste de las remuneraciones de los asalariados, empleados fiscales, semifiscales y particulares; fijar el salario vital; autorizar y proponer regímenes de participación en las utilidades derivadas del aumento del volumen físico de la producción de las empresas; dar la aprobación a las instituciones y organismos autónomos del Estado para que ellas pudieran otorgar aumento a las remuneraciones, asignaciones, gratificaciones, ascensos o "reencasillamiento" aunque ellos fueran permitidos por sus leyes orgánicas y una amplia gama de poderes en distintos ámbitos de la economía.

El plan también incluía seis proyectos que se referían a la capitalización del sector público y del privado; a la estabilización económica creando una junta reguladora de sueldos; a una política petrolera, autorizando a la ENAP para celebrar contratos de explotación por personas o entidades ajenas al Estado; a una política salitrera que daba nuevas atribuciones a la Superintendencia del salitre y fomento salitrero, y un plan habitacional que tendería a gravar a las construcciones suntuosas y favorecer las modestas<sup>86</sup>.

Como es dable observar, el plan propuesto por Prat era bastante menos

<sup>86</sup> *El Diario Ilustrado*, 14.08.1954, pág. 1; 05.11.1954, págs. 1 y 4; 20.11.1954, págs. 1 y 4. La Junta de Estabilización estaría formada por una persona designada por el Presidente de la República con aprobación del Senado, un representante de los ministerios de Hacienda, Economía y Trabajo y un representante del Banco Central. En caso de tratarse de reajuste de salarios o de participación de utilidades se integrarían dos representantes de los patrones, uno de los empleados y uno de los obreros que serían nombrados por el ejecutivo.

nacionalista de lo que podía suponerse tras “varias generaciones” de espera como afirmó Sergio Miranda. Las medidas de reducción del déficit fiscal y restricción del crédito como mecanismos antiinflacionarios, fueron una de las bases del programa estabilizador propuesto por la Misión Klein-Saks unos meses más tarde. De igual manera, los intentos pratistas de terminar con el crecimiento desmesurado de la Administración Pública para hacerla más eficiente y disminuir su carácter de foco deficitario. La Misión norteamericana, asimismo, también propondría una reforma tributaria coincidente con Prat, al menos, en el incremento de las cargas sobre las rentas.

A nuestro parecer, las medidas adoptadas se debieron a dos factores fundamentales. Por una parte, a la crisis económica del momento que obligaba con urgencia a tomar algunas medidas para detenerla y evitar peligros mayores. Esto implicaba, necesariamente, frenar el impulso emisor tan desarrollado en los últimos años, en especial si el monto de los ingresos del Estado estaba mermando en forma considerable. Las políticas desarrollistas que habían significado un fortalecimiento del poder estatal, dándole un rol central en el proceso económico, requirieron de coyunturas propicias para financiar los programas de expansión del gasto, contexto muy distinto al de los años cincuenta. En este sentido, se trató de seguir con el modelo de un Estado paternalista que incentivaba el desarrollo a través de la

promoción del crédito pero regulándolo en relación a los recursos del Estado. A diferencia de la propuesta norteamericana, Prat seguía creyendo en el papel protector del Estado pero sin lograr sustraerse tanto a la crítica realidad del momento como a las exigencias de estabilización que estaba haciendo el Fondo Monetario Internacional. El segundo factor estaría relacionado con la distorsión sufrida por la Administración Pública desde los años treinta. A juicio de Prat, esta institución había iniciado durante el primer gobierno de Ibáñez una etapa “fecunda de reformas y modernización” adecuadas a las exigencias de la época. Sin embargo, desde entonces la administración habría demostrado su incapacidad para responder a las nuevas condiciones: “las exigencias del crecimiento, por una parte, y el aumento progresivo de las responsabilidades del gobierno, por la otra, han originado una proliferación institucional caracterizada por la dispersión, la duplicación e interferencia de funciones similares..., los desequilibrios absurdos en el número y eficiencia de los funcionarios...”<sup>87</sup>. De este modo, había que devolverle a la Administración su carácter fecundo y así contraer sus efectos inflacionarios. Con todo, también creemos que este interés en la cuestión de la burocracia estuvo relacionado con el rechazo que producía entre los nacionalistas el incremento desproporcionado de los empleos en el sector público como pago político, fenómeno fuertemente asociado al período frente populista. Estanqueros, como ya vimos, surgió en gran parte para

<sup>87</sup> *El Diario Ilustrado*, 09.07.1954, pág. 2.

fustigar al gobierno de la época por sus prácticas políticas y principal responsable del crecimiento de la burocracia como instrumento de clientelismo. Su reducción, por ende, respondía a una necesidad económica pero también a una cuestión doctrinaria: el desprecio a los políticos.

La situación social, como ya se señaló, era bastante conflictiva de modo tal que apenas Prat asumió hubo de entrevistarse con el máximo dirigente de la CUT, Clotario Blest, para dialogar respecto a los ajustes de salarios. La CUT deseaba conocer tanto el proyecto económico-financiero del Ministro, los detalles de los planes de mejoramiento económico de los servicios del Estado y que se entregara sin dilación los aportes que el fisco retenía de los sueldos de los empleados fiscales para ser entregados a la Caja de Empleados Públicos y Periodistas. Asimismo, deseaban la mantención de la jornada única de trabajo en las oficinas del Estado y el cese de la persecución contra obreros que participaban en paros.

Cumpliendo el compromiso asumido de equilibrar el presupuesto y responder al sector público, a mediados de julio de 1954 el ejecutivo envió al Congreso el mensaje que aumentaba las rentas de los empleados del Estado, a excepción de las fuerzas armadas. El alza estuvo motivada, según palabras de Prat, en la falta de concordancia de sus sueldos con el costo de la vida, a pesar de los incrementos

hechos. Asimismo, una vez concluido el proyecto de estabilización económica se regularon los sueldos y salarios, estableciéndose un incremento de la asignación familiar para los obreros de un 200% y para los empleados particulares de un 100%.

A pesar de esto y en función del problema inflacionario, el gobierno decidió que por razones de emergencia económica sólo era posible reajustar durante los siguientes dos años “aquella parte del presupuesto de los empleados y obreros que se considera como específicamente destinada a fines ineludibles... Estas limitaciones se traducen en un aumento de sólo el 60 por ciento del alza del costo de la vida en el primer año y de 80 por ciento en el segundo”; se elevaría, al mismo tiempo, sustancialmente la asignación familiar a los obreros y en forma transitoria una Junta de estabilización regularía las rentas, precios, congelamientos, entre otros. El plan también suponía una participación de los trabajadores en las utilidades de la empresa, obtenidas por aumento de la producción, las cuales serían estipuladas por la Junta “sin cargarse a los costos sino por la vía de los regímenes de participación, cuyo reparto se estudiará con los mismos interesados”. Siguiendo las líneas del año anterior, al salario mínimo designado para los campesinos se sumó el de los obreros “nivelando el standard de vida de los forjadores de la riqueza nacional”. Este cúmulo de medidas redundarían, a juicio pratista, en positivos beneficios que En

permitirían mantener el poder adquisitivo de los trabajadores.

Por otra parte y así como el gobierno se preocupaba de mejorar la situación de la mayoría de la población, ésta debía cooperar en la mantención del ritmo productivo y por lo tanto limitar el “derecho de huelga por un período de dos años.....la que por sus efectos negativos en la actual emergencia, se reemplaza por el arbitraje obligatorio”<sup>88</sup>.

La sección social del plan de estabilización económica propuesto por Prat que se acaba de reseñar, revela las contradicciones en que se debatían las autoridades en el período. Mantener, por un lado, la protección estatal sobre los asalariados continuando con una postura nacional-populista y, por otro, enfrentar el déficit y la inflación. Los ajustes de remuneraciones por bajo el nivel inflacionario, si bien contradecía la tónica tradicional, al menos demostraba el interés por responder aunque fuese mínimamente a los problemas de consumo de los trabajadores acorde con la situación económica que vivía el país y a las presiones de los órganos sindicales. Ésto es aún más claro, si se piensa en el incremento de la asignación familiar y la fijación del salario mínimo para los obreros como mecanismo alternativo de mantención de la capacidad de compra de la población, pero fuera del alcance de las presiones de los sindicatos como sí ocurría con los reajustes automáticos. En ese sentido, las demandas

no fueron olvidadas del todo pero sí encasilladas dentro de las decisiones gubernamentales. Más importante todavía, la apuesta nacionalista de una sociedad armónica y justa estuvo claramente expresada en la inclusión de los trabajadores en las utilidades de las empresas como en la limitación del derecho a huelga. La participación conjunta de empleadores y trabajadores en la Junta de Estabilización económica cuando se tratara de los aumentos salariales o del porcentaje de las utilidades, es una muestra clara del intento de reunir al capital y al trabajo tras una misma meta de crecimiento económico y, por tanto, de objetivos nacionales. La restricción a los paros era, igualmente, la conducta apropiada de sectores que debían tender a cooperar con la nación y sus representantes. Esta combinación, no obstante, era muy difícil de sostener dada la carestía y los precios, como por la capacidad de movilización de los trabajadores agrupados en la CUT. Una vez más, los intentos populistas de Ibáñez agonizaban frente a la realidad.

En otro plano, Prat presidió la delegación chilena a la 10a. Conferencia Interamericana de Caracas en 1954. En esa oportunidad, se decidió la celebración de una reunión de Ministros de Hacienda y Economía a realizarse en Río de Janeiro en el mes de noviembre de ese año. La posición de Estados Unidos era la de analizar las posibilidades de estimular el crecimiento económico en la región a través del comercio, las finanzas y la ayuda técnica.

<sup>88</sup> *El Diario Ilustrado*, 13.06.1954, pág. 5; 26.06.1954, pág. 5; 06.07.1954, págs. 1 y 4; 14.07.1954, págs. 1 y 4; 19.10.1954, págs. 1 y 4.

materia financiera, el país del norte estaba pensando en incrementar la ayuda a través de una mayor presencia de capitales e inversionistas privados y extranjeros como en abastecer a los gobiernos de suficientes créditos a través del Banco Internacional y del Banco de Exportación e Importación al cual se le podrían ampliar sus actividades<sup>89</sup>. En ese sentido, Estados Unidos llegaría a la reunión con proposiciones que se enmarcaban dentro de su tradicional estrategia en sus relaciones con los países latinoamericanos.

La misión chilena estuvo formada por el ministro de Hacienda, Jorge Prat, Arturo Maschke, presidente del Banco Central, Felipe Herrera, gerente del mismo banco, Jorge Schneider, gerente de la oficina de la CORFO en Nueva York y Carlos Valenzuela, asesor técnico y Consejero económico de la Embajada de Chile en Estados Unidos. Los temas considerados como esenciales por el grupo fueron el de la creación de una Comisión Interamericana de Comercio y, especialmente, de un Banco Interamericano.

En el acto inaugural de la reunión, el ministro Prat pronunció el discurso en nombre de la delegación chilena dando a conocer la posición de ésta frente al funcionamiento del sistema interamericano y las propuestas para mejorar su eficiencia. Comenzó haciendo una evaluación de la realidad latinoamericana en relación a su crecimiento demográfico, a sus recursos

naturales y de su ubicación en el mercado mundial, señalando la dependencia del área de la producción y exportación de un limitado número de materias primas y productos alimenticios condicionados "a los caprichos de aquello que llaman "Libre comercio internacional, libertad de precios y ley de la oferta y la demanda" ". Prat indicó que el crecimiento alcanzado por latinoamérica, según un informe de la CEPAL, había sido extraordinario y que no existían posibilidades de repetirse; asimismo el coeficiente de ahorro interno no alcanzaba al 14% de los ingresos, requiriéndose de la llegada de capital extranjero que supliera el resto, mientras los hechos estaban afirmando que "por repatriaciones de capital, amortizaciones y servicios financieros, en los últimos cuatro años, han salido de la región una cantidad superior a la afluencia de nuevos capitales". En relación al crédito, el Ministro señalaba que las cifras tampoco eran auspiciosas: el Banco Internacional, si bien había operado con éxito, no podía satisfacer las necesidades de capital de la región; igualmente, el Banco de Exportación e Importación, a pesar de realizar una labor "impresionante", tenía una capacidad de préstamos que no alcanzaban como promedio anual al 5% del valor anual de las exportaciones.

En función de este diagnóstico, la misión chilena apeló a la solidaridad que debía regir las relaciones del continente demostrándose que la "cooperación hemisférica es una realidad o una leyenda".

<sup>89</sup> *El Diario Ilustrado*, 28.10.1954, pág. 10, 12.11.1954, pág. 1. Ya en estas fechas se estaba discutiendo en Estados Unidos la creación de una nueva institución de crédito, idea a la cual hubo abierto rechazo. Con posterioridad y antes que la conferencia de ministros comenzara, sin embargo, el país del norte cambió de posición dando su aprobación al establecimiento de un nuevo organismo de préstamos con el fin de estimular la iniciativa privada.

Prat señaló como los principales obstáculos al éxito de la reunión, la predisposición contra los acuerdos multilaterales cuando Europa occidental y oriental estaban demostrando en la práctica que la complementación y la coordinación eran “los imperativos de la hora presente”. En segundo lugar, la dificultad de hacer que la opinión pública de Estados Unidos comprendiera que América Latina no deseaba donativos sino un plan de coordinación de los recursos del hemisferio para lograr el crecimiento, y, en tercer lugar, la tendencia exagerada a adoptar teorías “absolutas” como que “el capital privado es la panacea para los países poco desarrollados, o la de que el capital público amenaza la estabilidad económica de las naciones”. De ello se deducía, según Prat, la necesidad de complementar el capital privado y el público ya que el primero creaba las condiciones necesarias para atraer al segundo.

De acuerdo a esta perspectiva, Prat dijo que América Latina tenía recursos suficientes para estudiar la posibilidad de utilizarlos sin gravar a otro país; recursos formados por las disponibilidades de los gobiernos en el exterior. De esta forma, hizo oficialmente la propuesta de la “creación de un fondo financiero interamericano, respaldado en las reservas de oro y dólares de los países latinoamericanos”. El proyecto recibió el respaldo de otras cuatro naciones del continente que se sumaron a su presentación, mientras por acuerdo de la

conferencia se designó una comisión para analizar la propuesta y elaborar un plan sobre el establecimiento de una institución financiera regional como la propuesta<sup>90</sup>. Ésta, como es sabido, surgiría cinco años más tarde -1959- con el nombre de Banco Interamericano de Desarrollo.

Como es posible observar, la gestión de Prat respondía parcialmente a los postulados sostenidos por él y los estanqueros desde hacía seis años. Rigurosidad en el uso de los recursos, abandono de la política populista causante de la inflación y el desarrollo de una política exterior integracionista con los otros países latinoamericanos y, especialmente, en relación a la preponderancia norteamericana. El liberoamericanismo era uno de los pilares de la ansiada soberanía nacional de países pequeños más expuestos a las ambiciones de los “imperialismos”, según palabras de Jorge Prat. El fortalecimiento de la economía con las nuevas instituciones, las medidas “austeras” tomadas y la unidad continental auguraban un futuro optimista para el país y, en particular, para los estanqueristas.

Los efectos de las medidas tomadas por Prat, sin embargo, no fueron todo lo benéficas que se esperaba. Desde un comienzo, los bancos privados se mostraron reticentes a traspasar sus capitales al naciente Banco del Estado; peor aún cuando llegó el momento de cumplir con tal medida, la Asociación de bancos solicitó al

Presidente de la República detener la puesta en práctica del decreto que ordenaba los trasposos, haciéndole notar “los inconvenientes y perturbaciones que teme acarree para la economía nacional y el ordenado régimen crediticio del país..”. Sus temores estaban vinculados con la imposibilidad en que se verían los bancos comerciales de obtener o crear nuevos depósitos a consecuencia de las normas de control de créditos; asimismo consideraban que la concentración de los créditos en una sola institución y en unas pocas entidades privadas, era algo “profundamente inconveniente para el bienestar social y para la economía del país”. Estas discrepancias fueron, además, compartidas por otros sectores de la economía afectados por la restricción de los créditos: la Cámara de Comercio de Santiago, por ejemplo, hizo un estudio acerca del problema crediticio concluyendo que no era aquel el responsable de la espiral inflacionaria sino el alza de salarios y de precios y que una limitación de capitales produciría profundos trastornos. La reforma tributaria, por su parte, también generó rechazos, especialmente el impuesto a la compra y venta. El Consejo Nacional Ejecutivo de la Confederación del Comercio y la Industria Minoristas de Chile rechazó los impuestos consultados a las transferencias, compraventas y expendio de artículos alimenticios, decidiendo informar a los trabajadores “del gravísimo problema que significaría tener que gravar por intermedio del comercio e industrias minoristas el total de las compraventas al detalle”, celebrar

concentraciones “relámpagos” en las provincias para tratar del asunto y denunciar ante la opinión pública los efectos desastrosos que tal medida tendría en los hogares. Asimismo, las reformas implementadas en el área social también fueron resistidas por los empleados públicos como por la CUT, generándose un clima de antagonismo entre las autoridades y los trabajadores que era precisamente lo que se buscaba evitar. Peor todavía, cuando la reforma tributaria comenzó a producir alza inmediata en los precios de los artículos generándose un gran descontento social contra el gobierno<sup>91</sup>.

A partir de septiembre de 1954, la oposición trabajadora al gobierno liderada por la CUT y el Partido Comunista se agudizó, creando una situación de claro enfrentamiento. La CUT amenazó con un paro general si el Congreso aprobaba el proyecto de facultades extraordinarias mandado por el Ejecutivo, provocando con ello la dictación de un decreto que impuso el Estado de Sitio en el territorio nacional. A pesar de que originalmente esta medida fue respaldada por la derecha, en noviembre de ese año el Partido Liberal decidió apoyar la moción parlamentaria de derogar dicho decreto, la cual dio lugar a tratativas entre ambos poderes del Estado a través del ministro del Interior. El Congreso Nacional terminó por derogar finalmente esa orden del ejecutivo, resolución rechazada por el Ministro del Interior entrante - Arturo Olavarría- quien informó

<sup>90</sup> *El Diario Ilustrado*, 19.10.1954, pág. 1; 11.11.1954, pág. 4; 24.11.1954, pág. 11; 27.11.1954, pág. 1; 28.11.1954, pág. 9; 29.11.1954, pág. 15; 30.11.1954, pág. 3; 06.12.1954, pág. 1.

<sup>91</sup> *El Diario Ilustrado*, 25.06.1954, pág. 3; 28.06.1954, pág. 6; 06.07.1954, pág. 5; 28.07.1954, pág. 3; 05.08.1954, pág. 5; 22.08.1954, pág. 11; 01.09.1954, pág. 5; 04.09.1954, pág. 5; 22.09.1954, pág. 3 y 6.

la determinación del gobierno de entregar la resolución del conflicto a la justicia. La respuesta de la legislatura fue acusar constitucionalmente al ministro Olavarría por infracción a la Constitución, acusándose a las autoridades de intenciones “golpistas.” La falta de apoyo que encontró el gobierno en su pugna con el Legislativo, lo llevó a decretar el fin del Estado de Sitio el 30 de diciembre a cambio de dejar sin efecto la acusación contra Olavarría. El término de la crisis provocó un nuevo reordenamiento del gabinete en el cual todos los ministros presentaron sus renuncias, “con el objeto de dejaren libertad de acción al Presidente”. El grupo que rodeaba a Prat estaba confiado en la reconfirmación de su líder en la cartera de Hacienda “pues la gestión de Prat había sido exitosa y brillante. Estábamos ciertos de que (incluso) se le ampliaría su propia base. Algunos con audacia .....opinaban que era justo e indispensable exigir otras carteras ministeriales. Interior, desde luego”<sup>92</sup>. Estas esperanzas se vieron totalmente frustradas cuando “el General” aceptó las renuncias sin excepción, al tiempo que la inflación alcanzaba su índice más alto llegando a un 83.8% y se generalizaba la sensación de desaliento. El paso siguiente a la caída del gabinete en el cual Prat participaba, fue un giro drástico en la política ibañista que hubo de hacer abandono del populismo y, en cierta medida también del nacionalismo, para acercarse a la derecha y seguir sus consejos de estabilización de corte neoliberal. La expresión más gráfica de este cambio fue la

llegada de la Misión Klein Saks para evaluar la economía chilena y proponer medidas para detener la inflación<sup>93</sup>.

La salida de Jorge Prat del gobierno, y con ello de la fracción nacionalista más proyectual, sistémica y colaboracionista, coincidió con la crisis final del populismo ibañista. Su gestión había permitido una primera llegada del nacionalismo al gobierno, sirviendo como cauce de éste. Lo efímero de su estadía en los centros del poder lleva a plantearse una serie de interrogantes tanto sobre la naturaleza de esta corriente, como de su capacidad de arraigo, confianza en su desempeño y facultad para establecer alianzas políticas.

¿ Había una oportunidad real para el nacionalismo pratista con Ibáñez ?. Considerando la personalidad del líder militar, la situación económica del período, la falta de un programa común y coherente entre los partidos y agrupaciones que lo acompañaban y el carácter de su triunfo, creemos que en la práctica esa opción era casi inexistente.

Uno de los rasgos que más caracterizó a Ibáñez fue su tremendo personalismo, que de alguna manera le impedía desenvolverse con facilidad dentro de un contexto distinto de la dictadura, o al menos de una gran concentración de poder. Su formación castrense le llevaba a exacerbar los criterios de obediencia, jerarquía y mando, dificultándosele el trabajo en equipo y de amplia discusión.

<sup>92</sup> Miranda C., *op. cit.*, pág. 13.

<sup>93</sup> Soffa Correa S. “Algunos antecedentes históricos del proyecto neoliberal en Chile (1955-1958), *Opciones*, No. 6, 1985, págs. 106-146.



La mayoría de quienes han escrito sobre su segunda gestión, coinciden en su hábito de imponer su voluntad, pasando por encima de la opinión de sus ministros y consejeros. Desde esa perspectiva, las propuestas de sus ministros sólo tenían cabida dentro de lo que el propio líder deseaba, aunque aquello no tuviera un sustento en la realidad. Su apuesta populista fue lanzada dentro de un marco externo muy distinto del de su primer gobierno y por mucho que pretendiera imponer su criterio, como de hecho lo hizo durante sus tres primeros años en el poder, la situación obligaba a sus colaboradores a disentir de sus deseos poniendo en peligro las promesas hechas en la campaña. En ese plano, las medidas antiinflacionistas tomadas por Jorge Prat escapaban a los marcos establecidos por el caudillo, dificultando su permanencia en el gobierno.

Como ya se ha señalado, ante la fuerte oposición que Ibáñez encontró en el Congreso y la incapacidad de sus huestes de organizarse y darle a su líder un núcleo compacto en disposición de enfrentarse exitosamente a la izquierda y la derecha, éste jugó con la posibilidad de clausurar el Parlamento y tomar las decisiones sin discusión alguna. Ya desde mediados de 1954 Ibáñez comenzó a acentuar sus diatribas contra los partidos, la Contraloría y el Congreso a través de la prensa oficial, la radio, algunas organizaciones políticas y otras sindicales con la finalidad de "preparar a la opinión pública para una eventual clausura de las Cámaras o presionar a los

partidos políticos para que aceptaran las reformas que proponía el Ejecutivo. En ambos casos, el Presidente alcanzaría, en la práctica, los plenos poderes que lo obsesionaban". Tras este afán, envió ese proyecto de ley que facultaba al Presidente para restringir la libertad de las personas, para decretar la vacancia del cargo de los funcionarios públicos cuando el orden público y la seguridad del Estado así lo requirieran, sin necesidad de cumplir todas las formalidades legales existentes; para decretar la reorganización de los servicios fiscales en caso que su personal se declarara en huelga, y para sancionar con multa y posterior cierre definitivo las industrias y locales comerciales que cerrasen sin permiso de las autoridades. El fracaso de este intento lo indujo a decretar el estado de sitio ya analizado, en respuesta a la situación de "comoción interna" que se vivía y con posterioridad trató de obtener mayores atribuciones presidenciales mediante una modificación de la Constitución de 1925<sup>94</sup>.

Estas aspiraciones absolutistas ya probadas durante los años veinte no cabían, sin embargo, en la década de los cincuenta. En su primera gestión él pudo decidir sin mayores obstáculos tanto porque contaba con el respaldo de los grupos económicos como de las fuerzas armadas y había logrado neutralizar cualquier oposición a través de su control sobre la policía e Investigaciones. En aquella ocasión, su carencia personal de respuestas adecuadas a la situación del momento fue superada con un equipo de asesores con ideas claras

<sup>94</sup> Dooner, *op. cit.*, págs 90-93.

y un contexto político sin alteraciones que permitió la puesta en práctica de una serie de medidas que en un marco democrático hubieran requerido de mucho debate y consenso. En ese sentido, la fuerza estuvo unida a un programa medianamente claro y, en especial, a una coyuntura económica favorable que le posibilitaron reestructurar el Estado e implementar un proyecto modernizador. Estas condiciones eran las ausentes a mitad del siglo XX cuando no sólo la situación económica interna era dramática sino, peor aún, carecía de un conjunto de ideas coherentes unidas por principios políticos claros y comunes. En comparación, por tanto, no contaba ni con la fuerza ni con los asesores adecuados razón por la cual se vio atrapado en el constitucionalismo o legalismo que su investidura implicaba y en una serie de propuestas contradictorias que circulaban en torno suyo.

No obstante, la dictadura era una posibilidad concreta. No se debe olvidar que Ibáñez era un líder no sólo para los marginales grupos nacionalistas sino, más importante todavía, para el ejército dentro del cual habían claros y fieles seguidores suyos que habían estado dispuestos a secundarlo en sus distintas estratagemas para retomar el poder desde 1931. De hecho, ya durante su candidatura presidencial en 1951-52 se formó en el ejército un grupo conspirativo conocido como los PUMAS (Por un Mañana Auspicioso) con el objetivo de defender la posible victoria de Ibáñez en las elecciones

“para el caso en que se le quisiera arrebatar, si es que vencía por estrecha mayoría o, de pretender los partidos, que el Congreso no lo eligiera Presidente”. Su importancia fue nada despreciable si se considera que el líder de los PUMAS, el coronel Abdón Parra fue designado Ministro de Defensa por Ibáñez en su primer gabinete<sup>95</sup>.

Este espíritu de conspiración no desapareció con su ascensión al poder pues ante las evidentes dificultades para solucionar los problemas económicos, detener las huelgas y neutralizar a la oposición, volvió a surgir del interior de las filas militares una propuesta de respaldo al Presidente para que se tomara todo el poder, disolviera el Congreso y condujera la reestructuración necesaria tanto en la sociedad civil como en el ejército. Había entre los oficiales un deseo de “demostrar a su generalísimo de guerra, que las fuerzas armadas de la República estaban férreamente unidas alrededor de su persona, con lo cual quedaba el ejecutivo en situación de dar mayor firmeza y autoridad a sus resoluciones e iniciativas”. Los conflictos con la Junta Calificadora de oficiales derivaron en una reunión “secreta” y contraria al reglamento castrense celebrada en la casa del mandatario, en febrero de 1955, con alrededor de 200 oficiales y la formación de “Línea Recta”. La finalidad de esta entidad era “un Chile mejor, forjado por los mejores chilenos, para que todos los chilenos vivan mejor”, lo que concretamente se reducía a apoyar al Presidente en su disputa con el Congreso

<sup>95</sup> Ernesto Wurth Ibáñez, *caudillo enigmático*, pág. 243. Para el caso de PUMA revisar René Montero *Confesiones Políticas* (1958), Carlos Prats *Memorias. Testimonios de un soldado* (1985) y Hugh Bicheno “*Anti-parliamentary Themes in Chilean History: 1920-1970*” en *Government and Opposition*, VII, 3, 1972, págs. 139-140.

para que éste pudiera “realizar una verdadera revolución restauradora de las normas” y lograr cambiar el alto mando de la institución. La agrupación tenía planes claramente sediciosos, pues uno de sus principales líderes - el general Salinas - planteó abiertamente la necesidad de “abrir un breve paréntesis en nuestra continuidad constitucional con el objeto de establecer un gobierno de facto que, durante unos cuantos meses, pudiera dictar los decretos leyes en que se basara la transformación política, económica y social de la República”. Durante su corta vida y con el apoyo del Presidente, que según Arturo Olavarría habría dicho: “necesito tener este respaldo porque nadie sabe en qué va a parar esta pelea con el Congreso”, Línea Recta consiguió hacer algunos de esos cambios dentro del ejército e influir en el “retiro” de ciertos oficiales, situación que también se presentó en la Fach. El intento “imprudente” del general Salinas de ampliar el movimiento a toda la oficialidad del ejército y la salida de altos miembros de ambas instituciones provocó airadas reacciones en el mundo político, alarma en la opinión pública y una furiosa respuesta de los afectados. La contestación de la sociedad civil fue una declaración pública en que se rechazaba cualquier imposición de la fuerza, de una “dictadura, franca o embozada, implantada en nombre de uno u otro halagueño principio”, expresando su temor frente a “informaciones sobre una posible alteración del orden institucional”. El olfato político ibañista lo llevó a abandonar a la agrupación a su suerte, al

menos públicamente, mientras los rectistas optaban por un intento fallido de derrocamiento de las autoridades y la imposición de una Junta de Gobierno, en medio de una huelga convocada por la CUT que les ofrecía la excusa precisa<sup>96</sup>.

La experiencia de Línea Recta reflejó la frustración que tantos civiles como militares sintieron frente a la impotencia de Ibáñez para imponerse y cumplir con lo esperado y su insistencia en la necesidad de un gobierno de facto para restablecer el orden y asegurar el progreso. No deja de ser sugerente que el denominado “Manifiesto de Línea Recta” fue redactado, de acuerdo a la versión de Olavarría, con la asesoría de Jorge Prat o por él mismo. Línea Recta surgió en febrero de 1955 y la salida de Prat del gobierno un mes antes, lo que resulta obviamente sintomático. Lo es más, todavía, cuando el cambio ministerial de enero de 1955, que significó la salida del líder estanquero, tuvo su origen no sólo en el problema público entre Ejecutivo y Legislativo sino también, según los analistas políticos de **El Diario Ilustrado**, en las maniobras hechas para eliminar al entonces ministro del Interior, general Abdón Parra. En efecto, frente al impase político provocado por el fracaso de las medidas económicas-sociales tomadas por el gobierno, tanto Ibáñez como Prat concluyeron que el único camino a seguir era la concentración total del poder en el primero, para lo cual era condición contar con la unanimidad de los ministros. Y era allí donde, precisamente,

<sup>96</sup> Arturo Olavarría, *op. cit.*, págs. 299-328, Rolando Alvarez et al “De Ariosto Herrera al general Viaux: Un estudio de los complotos militares en Chile. 1939-1969”, Univ. Católica Blas Cañas, 1995. Ver **El Diario Ilustrado** desde marzo de 1955 en adelante, también **El Debate**.

estaba el problema pues el general Parra no compartía tal solución. Era inevitable buscar su salida y su reemplazo por un Ministro que sí estuviera dispuesto a poner fin al desorden social y asegurar la estabilidad: tal era Arturo Olavarría, ex organizador de ACHA. El recurso al Estado de Sitio ante el rechazo de las facultades extraordinarias al parecer fue sugerido por Jorge Prat, iniciando con ello la sucesión de eventos que determinarían la salida de Parra y la llegada de Olavarría. Las primeras palabras del nuevo Ministro fueron “La misión fundamental de un Ministro del Interior es asegurar el orden público y la tranquilidad social. Cumpliré este deber con serena energía”<sup>97</sup>.

La derrota de Ibáñez, Prat y Olavarría en este intento “golpista” fue, desde la perspectiva de este trabajo, lo que llevó al nacimiento de Línea Recta como último recurso para satisfacer las esperanzas despertadas con el triunfo ibañista, tanto en algunos miembros del ejército como en la sociedad civil. No obstante y a diferencia de los años veinte, Ibáñez no pudo dominar a la civilidad y, peor aún para él, existía un poderoso sector antiibañista al interior del ejército que no estaba dispuesto a secundar a su Generalísimo en sus tentativas dictatoriales y sí estaba decidido a detener y neutralizar a los oficiales seguidores del Presidente, defendiendo la unidad de la institución por encima de antiguos caudillos. La participación de Jorge Prat en este episodio, resulta concordante tanto con su defensa acérrima de las fuerzas

armadas como garantes de la estabilidad interna como con la agudización de sus críticas a los partidos a mediados de su gestión ministerial. Prat comprendió la imposibilidad de cumplir los sueños nacionalistas en medio del desorden social, la fortaleza de la CUT, la caótica situación económica y la carencia de apoyo político sustantivo. Frente a eso, sólo quedaba recurrir a uno de los pilares de la República, el ejército, experimento en el que Ibáñez también los abandonaría.

<sup>97</sup> Para este engorroso episodio entre las máximas autoridades, ver *El Diario Ilustrado*, 18.11.1954, pág. 4 y 8; 13.12.1954, pág. 7; 19.12.1954, pág. 6; 23.12.1954, págs. 1, 6, 8, 10; 24.12.1954, págs. 1 y 6; 26.12.1954, pág. 6; 02.01.1955, pág. 6; 05.01.1955, págs. 1 y 2. *La Nación*, 29.12.1954, pág. 1; 30.1954, pág. 1; 31.12.1954, págs. 1 y 2; 03.01.1955, pág. 9; 05.01.1955, págs. 1 y 3.

## IBAÑISMO Y NACIONAL SINDICALISMO

Consecuente con sus concepciones acerca de la revolución nacionalista, el Movimiento Revolucionario Nacional Sindicalista tuvo una actitud distinta respecto del proceso eleccionario de septiembre de 1952 en comparación a sus colegas estanqueristas y a los núcleos nacionalistas en general. La intransigencia de la que se preciaban y la urgencia de una revolución espiritual en el hombre, hacían imposible una participación estrecha y profunda con los gestores de la campaña del "General". De este modo, los nacionalsindicalistas tuvieron más bien una actitud de expectación y de ligera esperanza frente a lo que estaba ocurriendo, sin sumergirse en la marea que se agitaba.

Esta posición expectadora, sin embargo, no implicó indiferencia de su parte. Recordemos que el Movimiento surgió como tal precisamente con motivo de la elección presidencial, dejando de ser un grupo doctrinal y lanzándose a la lucha política. En esa perspectiva, los nacionalsindicalistas estuvieron con Ibáñez pero fuera de la candidatura. Como ya se apuntó, la postulación de Ibáñez no fue organizada por colectividades partidarias poderosas como la de los otros tres candidatos, pero contaba con algunas, dos

al menos, dignas de consideración. Tanto el Partido Agrario Laborista como el Socialista Popular representaban un tipo de agrupación política que merecía las más fuertes críticas de los nacionalsindicalistas por considerarlos parte del sistema, con todos los vicios consiguientes. Si bien el primero había intentado ser una alternativa distinta, las profundas divisiones internas que lo cruzaban y el efecto de ello a nivel doctrinario y de alianzas lo hacía asimilable al resto del espectro partidario. En el caso del segundo la situación era peor, toda vez que él era producto de una de las tantas fracciones que había sufrido el Partido Socialista y, especialmente, el hecho de su raigambre marxista. En síntesis, el nacionalsindicalismo no habría podido sumarse formalmente a la campaña y trabajar combinadamente con aquellas estructuras que tanto despreciaba optando por otorgarle su apoyo imparcial al candidato "por lo que los partidos seudoibañistas representan de parcelamiento y contradicción al sentimiento... que se ha despertado en el pueblo".

Su adhesión al "General de la Esperanza" estaba relacionada con el carácter social que ésta tuvo y la importancia

que alcanzó la comunicación espontánea entre el candidato y la masa. De acuerdo a la significación que el Movimiento le atribuía al sentimiento y a los lazos contruídos con canales irracionales, el fenómeno de movilización y de fe que Ibáñez generó fue lo determinante en el respaldo desde fuera que el nacionalsindicalismo le dio: "Estamos con Ibáñez porque se ha producido un fenómeno espontáneo, un despertar intuitivo de Chile en contra del politiquero y por tanto del enemigo de la patria, los organismos partidistas". El "General" era, así, ungido como el representante de la patria en contra de la "antipatria". Ibáñez simbolizaba precisamente la praxis, el rechazo al dogmatismo, al programa y a la consigna, reconociendo como única doctrina "el servicio a la patria". Al apoyar esta candidatura, que como fuera era parte del sistema repudiado, los nacionalsindicalistas estaban formando parte del proceso de comunión y, por tanto, de fe que Ibáñez estaba inspirando y que auguraba a ojos de estos desesperanzados el inicio de una nueva era, "...de una verdadera y pacífica revolución"<sup>98</sup>. En otras palabras, Ibáñez había logrado hacer lo que tanto anhelaba el Movimiento, y los nacionalistas en general: despertar a la masa, remecerla, identificarse y fusionarse con ella al nivel de ser reconocido como la única esperanza, entregándole toda su fe y su confianza. Ibáñez encarnaba en sí mismo el sentimiento antipartidos que inundaba a la ciudadanía en ese momento, de acuerdo a lo obrado objetivamente en su primer

período, de modo tal que podían confiar en su segura acción de depuración. No existían razones reales o concretas en que basarse para creer en ello, sólo la figura y la palabra del "General". Eso bastaba.

Este ambiente de emocionalidad, entonces, era la cara superior de un movimiento subterráneo que prometía fuertes convulsiones y cambios drásticos; Ibáñez no era más que su bandera. En palabras nacionalsindicalistas: "Ibáñez es sólo un símbolo. Es el símbolo de una revolución Integral que principia a gestarse y que en su primera fase - cansancio, hastío y repugnancia colectiva - recurre al único cauce momentáneo que permite canalizar y realizar la primera parte de sus inconscientes anhelos". Al ser el "General" sólo el medio a través del cual la revolución podría entrar en su cauce, su triunfo o fracaso era casi irrelevante pues el proceso ya se había iniciado con la efervescencia social desatada y que, a juicio del grupo, no se detendría con una derrota electoral: "...esa revolución continuará fatalmente y nadie ni nada podrá detener sus futuras conquistas". Ibáñez había tenido la "virtud" de poner a Chile "en marcha"<sup>99</sup>. Es decir, de recordarle su destino histórico e impulsarlo a su búsqueda.

El triunfo ibaísta, como ya se ha reiterado más de una vez a lo largo de este trabajo, no dio lugar ni a la acción depuradora que se esperaba ni menos a la revolución deseada por los nacionalsindicalistas. La falta de energía,

<sup>98</sup> *Bandera Negra*, No 5, junio 1952.

<sup>99</sup> *Bandera Negra*, No 6, sept. 1952.

de proyectos, de un grupo de asesores compacto y homogéneo y la coyuntura económica desfavorable revelaron a un caudillo carente de iniciativa y sobrepasado por la realidad. La desilusión de los auspiciadores de la cruzada pronto se hizo sentir.

Ya a mediados de 1953, el Movimiento criticó fuertemente al Presidente por su incapacidad de dar forma y cuerpo a todo ese movimiento de opinión avasallador constituido el año anterior. El pueblo, masiva y abiertamente, había mostrado su rechazo a un estilo de política que ya se revelaba caduco e ilegítimo; era por tanto la hora cero a partir de la cual comenzar una nueva etapa libre de desquiciamiento moral, de caos económico y de desorden social. ¿Qué había hecho el “ungido” en los meses transcurridos? “El actual gobierno ha tenido la herramienta en sus manos para (“un reajuste total y revolucionario en todos los planos nacionales”) :armas legales, respaldo popular gigantesco, oposición sumisa..Ha perdido, sin embargo, seis meses fatales; el entusiasmo popular se ha enfriado, la oposición repuesta ha levantado cabeza”. Ibáñez había dejado pasar la oportunidad de deshacerse de aquellas colectividades que, a juicio nacional sindicalista, tanto daño hacían a la nación cayendo en su juego y abortando la revolución pacífica en ciernes.

Dada la corriente subterránea que la movilización debelaba, el Movimiento temía que como fruto de la

frustración producida por el nuevo fraude el sistema político se viera drásticamente vapuleado, corriendo el peligro de un quiebre. Sus temores partían de su concepción sobre los partidos: si éstos eran la base del orden democrático-liberal y se encontraban desarticulados y en proceso de desintegración, al menos en apariencia, el colapso ibañista a producirse no podría ser enfrentado exitosamente por ellos, llevando a una crisis total. Esto que podría resultar beneficioso para el grupo pues acabaría con un régimen y sistema nefasto, ofrecía al mismo tiempo riesgos dignos de considerar. En efecto, un colapso total dejaría el camino despejado a las fuerzas “integralmente revolucionarias”, o sea a los nacionalistas pero también a la izquierda, especialmente, al clandestino Partido Comunista. Este se destacaba, a pesar de su eclipsamiento, “como un partido de tradición revolucionaria, compacto y duro que cuenta con dirigentes hábiles. La inoperancia del régimen, la desilusión de las masas...presentarán a los ojos del pueblo al Partido Comunista como la solución salvadora”<sup>100</sup>. En otras palabras, la incapacidad ibañista no sólo era desastrosa por la pérdida de una oportunidad única para el nacionalismo, sino porque ella se hacía presente precisamente en un momento en que los pilares debilitados del régimen posibilitaban un cambio profundo que, al no ser llenado por Ibáñez, podía desembocar en una opción muy peligrosa. ¿Tenían realmente los comunistas la fuerza suficiente como para encabezar y dirigir un

<sup>100</sup> *Bandera Negra*, No. 9, julio 1953.

proceso revolucionario como el temido por los nacionalsindicalistas todavía en medio de la clandestinidad? Obviamente, no. Pero el temor sindicalista no estaba en la fuerza real comunista, sino en la fe que dicho partido y doctrina podía despertar; la masa ya estaba convulsionada, ya estaba remecida, el contexto de crisis era el propicio, sólo bastaba conectar ambos fenómenos. Eso era lo peligroso y era justamente Ibañez, el “salvador”, quien creaba esa posibilidad de destrucción y de caos. La única solución era ofrecer un movimiento revolucionario alternativo lo suficientemente atrayente como para superar a la “revolución bolchevique, la antipatria”. Y en ese punto la fe debía jugar un rol clave.

Su frustración respecto de Ibañez y de la oportunidad perdida, coincidía, además, con una seria discrepancia en torno a las propuestas y vías de triunfo hechas por otros nacionalistas como alternativa ideológica, llevándolos a ser más críticos de aquellos grupos autocalificados de tales que se sumaban a la marea política del momento y que creían que desde dentro del sistema y del gobierno se podía lograr modificarlo todo: en concreto, Jorge Prat. La apuesta de la fe y de la cruzada se enfrentaba a la del proyecto para calificarla de “último cartucho (que usaba) el capitalismo” para salvarse de la revolución que se acercaba: el portalianismo proclamado por Prat y los pratistas. De acuerdo al nacionalsindicalismo, pretender transformar a Portales en

un mito y su ejemplo en una escuela o doctrina era algo ilógico pues lo que había caracterizado al Ministro era precisamente su “genial pragmatismo.....(ser) adoctrinario”<sup>101</sup>. Su genialidad había estado en saber encontrar la forma de encuadrar y disciplinar a la aristocracia armonizando sus intereses, dominando al ejército y fortaleciendo al Estado al darle un aura de moralidad. Pretender aplicar sus procedimientos a la realidad actual era un absurdo, a ojos nacionalsindicalistas, puesto que los contextos eran muy diferentes y la complejidad de los problemas mucho más profunda. Peor aún, cuando se le había entregado al nacionalismo pratista el Ministerio de Hacienda, revelando la concepción tecnocrático-financiera que se tenía de la crisis del momento y su ceguera respecto de su sentido moral. La detención de la inflación y la disminución del gasto público no provocarían las mutaciones espirituales necesarias para la creación de un orden nuevo. La caída de Prat en enero de 1955, no fue sorpresiva para el Movimiento sino que respondía y encajaba perfectamente con un régimen inorgánico y vacío de proyectos nacionales.

¿ Cuáles eran las posibilidades que tras el fracaso pratista quedaba al gobierno de Ibañez, de acuerdo a la perspectiva del nacionalsindicalismo? la dictadura. Según su interpretación, la derrota del experimento del nacionalismo de Prat podría inducir a Ibañez a organizar un ministerio militar que sería, probablemente, empujado hacia fórmulas

<sup>101</sup> *Bandera Negra*, No 13, julio 1953.



extra-constitucionales pues a esas alturas el caudillo carecía de otra colectividad a la cual asirse y encontrar fórmulas de consenso si persistía en su postura populista. El espectro en el cual podía elegir se había reducido bastante. A esa fecha, se reducía al ejército o una transacción con la derecha, desechando definitivamente sus promesas de septiembre. La única manera de imponer su criterio en ese momento era acudir a la institución de la que provenía e imponerse por la fuerza. Esa alternativa que se materializó en la constitución de “Línea Recta”, ya analizada, no representaba, a juicio nacionalsindicalista, una verdadera opción: “..se instauraría un régimen con hombres sin doctrina, honrados y patriotas, pero carentes de ruta cierta y de objetivos definidos”<sup>102</sup>. Es decir, para el nacionalismo de la fe la revolución y el cambio no implicaban en 1955 la intervención de las fuerzas armadas en la vida política, la cual sólo derivaría en opresión. A diferencia del nacionalismo pratista o, como lo hemos denominado, proyectual, los “cruzados” no veían a los miembros de los institutos castrenses como el último bastión al que aferrarse para lograr inducir la revolución, ni siquiera reflexionaban acerca de su rol. La “revolución del hombre” era algo mucho más profundo que el camino de las armas, era el encuentro con una renovada espiritualidad.

El caos en el que se debatía el ibañismo, obviamente llevaba a la muerte a la “revolución pacífica” de tres años

antes; “No nos alegramos. La más maravillosa oportunidad de la historia de la patria se habrá perdido por la ineficacia, la falta de unidad y de objetivos claros de los jefes septembristas”. Así como creemos que realmente no hubo una oportunidad efectiva para el nacionalismo pratista, menos existió para esta otra corriente más rupturista, radical y marginal. La revolución del hombre era una utopía, un sueño muy poco afirmado en la realidad, pero camino único para ganarle la partida a los fieles defensores y auspiciadores de la revolución marxista. Con todo, ambas líneas consideraron a Ibañez una oportunidad, un momento sin igual que abría un cúmulo de posibilidades; ambas perdieron la batalla pero no la guerra, “..El pueblo tendrá que esperar...pero la próxima vez no se equivocará”. Y en efecto, debieron esperar casi veinte años hasta que la situación del país les ofreció nuevamente la coyuntura precisa para levantar la bandera de la fe, de la patria contra su enemigo de siempre que amenazaba con inflingirle su más seria y contundente derrota. Entonces, el nacionalismo volvería a ofrecer un frente de lucha, esta vez con todas las armas.

---

<sup>102</sup> *Bandera Negra*, No. 13, julio 1954; No. 17, abril 1955.

## CONCLUSIONES

Los años estudiados en el presente trabajo, han ofrecido un espacio temporal ideal para un análisis de la corriente nacionalista toda vez que, en teoría, constituyeron una oportunidad casi única de acceso al poder para aquellos, pudiéndose observar su desenvolvimiento. El clima de crisis política, económica y social creó un contexto lo suficientemente propicio como para que las corrientes poco exitosas en tiempos normales pudieran entrar a la arena política en condiciones menos desventajosas que las tradicionales. De este modo, se ha podido mirar su doctrina y quehacer sin, o atenuadas, las limitantes de épocas "estables". Esto ha permitido una mejor evaluación de ellas en tanto tendencia ideológica y movimiento político.

Consolidada como una opción política más ya durante los años cuarenta, el nacionalismo enfrentó nuevos problemas en la década de 1950. Si lo prioritario en los años previos había sido consolidarse como una alternativa abriéndose un espacio, en los cincuenta el desafío estaba en aprovechar la situación creada por el triunfo presidencial de Ibáñez, derrotar a sus adversarios e iniciar una nueva era. En este sentido, lo primero a resaltar es la importancia de Ibáñez como caudillo de la

causa nacionalista; no importaba la vertiente de la que se tratara, el ex dictador continuaba encarnando los principios fundamentales de la causa, siendo reconocido como el más confiable conductor de ella. Evidentemente, la segunda gestión ibañista no respondió a ninguna de las esperanzas y anhelos de los sostenedores de dicha tendencia tanto porque los intereses eran distintos como por la debacle económica del período. Con todo, esta experiencia fue muy útil tanto para demostrar la fragilidad del tema del liderazgo, en el caso ibañista, como para dar por finalizado un ciclo en el cual el general había cumplido un rol central para esta corriente y también para demostrarse a sí mismo que requerían de algo más que un caudillo personalista para alcanzar sus anhelos. En el caso de unos, el líder los traicionó haciendo evidente que en un futuro serían otras las armas a usar si querían obtener el triunfo. Para los otros, fue la ratificación de los falsos ídolos y de la necesidad de verdaderas fuerzas combativas y revolucionarias.

En la cuestión del liderazgo, después de González von Marées nadie había logrado convertirse en un verdadero adalid del nacionalismo y por ello la mayoría

de los grupos abdicó de la urgencia de contar con él. De hecho, el MRNS ya en 1948 planteaba que el liderazgo era una herencia del naciismo con su deformador afán de imitación. En esa óptica, la apuesta de la fe reemplazó el fervor por el líder presente en el naciismo por un espíritu superior, Dios y la cruzada espiritual; la línea pratista, haciendo énfasis en el proyecto portaliano-estancuero; en última instancia, la cuestión del líder quedó relegada a un plano secundario. Con todo, Ibáñez logró ser identificado como el único exponente digno de ser reconocido como un caudillo, conductor del cambio buscado. De allí que su victoria electoral en septiembre de 1952 sea importante para analizar al nacionalismo de los años cincuenta, desde el momento que ella simbolizaba una hora latamente esperada; con el regreso de Ibáñez al poder el nacionalismo creía que su momento al fin había llegado. El populismo ibañista, sin embargo, tenía tal cúmulo de contradicciones internas y coyunturales que hacían imposible la materialización de sus planes ya fueran proyectuales o espirituales. Ibáñez no era en sí mismo una expresión pura de nacionalismo y, por ende, no revestía una real oportunidad. Su triunfo potenció a los variados movimientos nacionalistas en teoría, pero la realidad resultó ser muy distinta. El fracaso de esa expectativa puso de manifiesto sus limitaciones mientras no contaran con una masa ferviente de respaldo o con la fuerza. La experiencia de Ibáñez les mostró sus fronteras como opción y como movimiento

político: como alternativa política en condiciones de competir, le hizo patente su fracaso o la irrealidad de su propuesta; como movimiento, su escasa influencia. El camino a seguir después de Ibáñez tendría que ser distinto.

Si el contexto de los años cincuenta no fue lo esperado por nuestros protagonistas, coadyuvando a su proceso de desintegración, crisis y mutaciones ulteriores, la realidad que se vivía al interior de ellas no fue más auspiciosa. La incapacidad de conformar un núcleo coherente y homogéneo también conspiró en el fracaso de su bullada oportunidad durante la segunda gestión de Ibáñez.

La primera falencia estaba a nivel doctrinario, en sus diferentes concepciones acerca de la revolución nacionalista. Se enfrentaron dos formas de plantear la doctrina, dos estilos opuestos que derivaron en la aplicación de estrategias también disímiles de cómo llevarla a cabo. Concordaban en los elementos básicos de ella -invocación a las nociones de patria, sangre, nación y cultura-, pero a partir de allí no había consenso y peor aún, había deslegitimación mutua. Los caminos escogidos eran bastante contradictorios: aquellos que optaron por la inserción en el sistema (pratismo) creyeron en una revolución "desde arriba", decidida y organizada por sus conductores, apropiándose del espacio de sus antiguos contendores y usando armas similares: todas las herramientas que las esferas de decisión

les otorgaban. La participación de la masa, si bien era importante, no era esencial a la hora de estar cerca del poder. Los otros, en cambio, apostaron por una revolución “desde abajo”, o más preciso aún, “desde dentro”(nacionalsindicalismo), toda vez que pasaba por una transformación personal. Uno era pragmático, el otro utópico. Estas variaciones doctrinarias, evidentemente, atentaban contra su unidad y fuerza política, influyendo en el desencanto y frustración que llegó a dominarlos.

En el plano de la praxis, de igual modo hubo eclecticismo. Si bien una de las vertientes llegó al poder, una vez en él la aplicación del proyecto tuvo que distar bastante de lo pensado dada la situación histórica del momento. Esta constatación les mostró claramente sus carencias al momento de insertarse en algunos de los centros de decisión; no sólo era cuestión de tener parte de las herramientas del poder en las manos, era imprescindible saber usarlas correcta, oportuna y firmemente para tener éxito. Esta evidencia les llevó a evaluar más conscientemente y con mayor apego a la realidad sus futuras y reales posibilidades. En este punto es que sus conclusiones demostraron incongruencias sustanciales con la firmeza aparente manifestada por estos movimientos, desde siempre lejanos y ajenos al triunfo político. La base del pensamiento nacionalista chileno contemporáneo y de su expresión orgánica, estaba en la lucha por dar vida a una tendencia cuya fuerza estuviera en la base, en sus miembros. No obstante, ya en

los cuarenta el proyecto se comenzó a volver cada vez más importante como también la necesidad de acercarse a otras instancias organizativas o institucionales, tanto para fortalecerse como para globalizar sus propuestas. Estos cambios afectaron su relación con los partidos pues al volverse preponderantes los planteamientos en relación al sentimiento, la cercanía real con aquellos se fue acentuando, especialmente en el caso del pratismo; del mismo modo, su identificación con las fuerzas armadas o la iglesia. En otras palabras, lentamente se fue renunciando a lo medular de su apuesta - el respaldo más bien irracional a la causa de la patria - y se comenzó a buscar nuevos actores y resortes para la victoria. En el caso del pratismo, la defensa de los institutos armados y su encarnación de la idea de nación serviría de base para una relación más estrecha que llegó a considerar la posibilidad de la dictadura, abdicando, aunque no explícitamente, de su afán de una llegada masiva y espontánea y de la sociedad. Ello fue convirtiendo a esta corriente en una apuesta más marginal, porque se alejaba cada vez más de las bases o al menos debilitaba su relación, pero al mismo tiempo más fuerte pues se vinculaba con mayor vigor a instituciones sumamente poderosas, las cuales también estaban pasando por un proceso de ajuste y se verían cada vez más remecidas por el acontecer político. En ese sentido, a la larga el apoyo de la masa sería considerado por ellos como medio de legitimación a su quehacer, pero no sería sustancial toda vez que contarían con herramientas más

influyentes y poderosas para enfrentarse a las ideologías en ascenso y eventualmente ganarles la partida. En el caso del nacionalsindicalismo, la utopía o la irrealidad de su postura confirmaron su marginalidad y exclusión, contrayendo cada vez más su capacidad de influencia. Hasta el experimento populista de Ibáñez en 1955, los defensores de la cruzada mantuvieron su fe ciega en la revolución espiritual; a partir de allí también comprendieron que ella no sólo no era suficiente sino que resultaba muy difícil hacerla una realidad. Por ello no resulta extraño que posteriormente encontremos a esta agrupación envuelta en actos de violencia, no de "santa violencia", siendo enjuiciada por transgresiones a la Ley de Seguridad Interior del Estado en tres oportunidades durante la década del sesenta.

situación histórica del período que los indujo a caminos antes no sospechados.

En suma, ni el proyecto ni la cruzada lograron introducirse en la masa y envolverla en ellas. El respaldo ideológico venido de España resultó ser útil para su defensa frente al repliegue fascista, para ligarse a instituciones poderosas pero no para captar más adeptos en un contexto de competencia con las colectividades partidarias, ni para fortalecerlas intrínsecamente como alternativa. Ello condujo a hondas contradicciones que la harían derivar en acciones reñidas con sus anhelos originales. Sus debilidades provendrían, entonces, tanto de sus diferentes interpretaciones de la doctrina que les impidió formar un bloque homogéneo y cohesionado, como de la

---

---

## FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

### I.- FUENTES

#### DIARIOS Y PERIODICOS

**Bandera Negra**

**El Debate**

**El Diario Ilustrado**

**El Diario Oficial**

**La Nación**

**Tacna**

#### REVISTAS

**Estanquero**

**Ercilla**

**Forja**

**Portada**

#### DOCUMENTOS POLITICOS

FET y de las JONS de Valparaíso  
(1939) **Falange.**

Falange Española de Chile (1937)  
**Amanecer. Cuadernos de Doctrina  
y Cultura Nacional-Sindicalista.**

Carlos Ibáñez **Lo que haremos por  
Chile** ( Santiago, 1952).

Jorge Prat **Patria y Justicia** ( s/f).



## II.- BIBLIOGRAFIA

Rolando Alvarez et al "De Ariosto Herrera al General Viaux: un estudio de los complots militares en Chile 1939 - 1969", Universidad Católica Blas Cañas, 1995.

Hugh Bicheno "Anti-Parliamentary Themes in Chilean History: 1920-1970", **GOVERNMENT AND OPPOSITION**, vol.7, No.3, 1972.

Leonidas Bravo **Lo que supo un auditor de guerra**, (Ed. del Pacífico, 1955).

Gonzalo Catalán **Notas sobre proyectos autoritarios corporativos en Chile: la revista Estudios 1933-1938**, (Santiago, 1978).

Flavio Cortés "La derecha política y su relación con el autoritarismo: 1952-1970", ILADES, 1983.

Renato Cristi y Carlos Ruíz **El Pensamiento Conservador en Chile**, (Ed. Universitaria, 1992).

Sofía Correa "Antecedentes históricos del proyecto neoliberal en Chile", **Opciones**, No.6, 1985.

Ricardo Cruz-Coke **Historia electoral de Chile** (Stgo. 1978).

Federico Chabod **La idea de nación**, (FCE, 1987).

Patricio Dooner "La segunda administración de Ibáñez. Un mentís a la creencia sobre la tradición democrática chilena", **CINDE**, D.T No.30, 1979.

Paul Drake **Socialismo y Populismo en Chile**, (Ed. UCV, 1993).

Paul Drake "Corporatism and Functionalism in Modern Chilean Politics", **Journal of Latin America Studies**, 10, I, 1983.

Carmen Fariña V. "Pensamiento corporativo en las revistas "Estanquero" (1946-1955) y "Política y Espíritu" (1945-1975)", **Revista de Ciencia Política**, No.12, 1990.

---

---

Julio Faúndez **Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973**, (BAT Ediciones, 1992).

Ricardo Ffrench-Davis **Políticas económicas en Chile. 1952-1970**, ( CEPLA, 1973).

Lenka Friedmann **40 años. Banco del Estado de Chile: Una historia asociada al desarrollo nacional**, (Ed. Banco del Estado de Chile, 1993).

Cristián Garay **El Partido Agrario Laborista**, ( Ed. Jurídica, 1988).

Ernest Gellner **Naciones y nacionalismo** , ( Alianza Universidad, 1988).

Mario Góngora **Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX** , ( Ed. Universitaria, 1981).

Eric Hobsbawm **Naciones y nacionalismo desde 1780** , ( Ed. Crítica, 1992).

Guillermo Izquierdo A. **Democracia y corporativismo** , ( Ed. San Francisco, 1936).

Carlos Maldonado " El ACHA y la proscripción del Partido Comunista", Flacso, Contribución No.60, 1988.

Sergio Miranda Carrington " Jorge Prat: personalidad y obra", **Portada** , No.36, 1973.

René Montero **Confesiones Políticas** , (Ed. Zig-Zag, 1958).

Tomás Moulián " El gobierno de Ibáñez. 1952-1958", Flacso, 1986.

Oscar Muñoz **Chile y su industrialización** , ( Santiago, 1986).

Ernst Nolte **La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas** , ( Barcelona, 1971).

Arturo Olavarría **Chile entre dos Alessandri** , ( Ed. Nacimiento, 1962), vol.2.

Luis Ortega **CORFO. 50 años de realizaciones** , ( CORFO, 1989).

Ricardo Pérez Montfort **Hispanismo y Falange** , ( FCE, 1992).

Crisóstomo Pizarro **La huelga obrera en Chile** , ( SUR Ed., 1986).

Erwin Robertson " Ideas nacionalistas chilenas: 1910-1966", U.CH., 1978.

Kalmaán Silver **Nacionalismo y política de desarrollo** ,(Ed. Paidós, 1966).



Verónica Valdivia O. de Z. “ Las nuevas voces del nacionalismo chileno: 1938-1942”, **Boletín de Historia y Geografía** , No.10, 1993.

Verónica Valdivia O. de Z. “ El nacionalismo chileno en los años del Frente Popular (1938-1952)”, **Serie de Investigación**, No.3, 1995.

Augusto Varas **Chile. Democracia.Fuerzas Armadas**, (Flacso, 1980).

Ernesto Wurth **Ibáñez, caudillo enigmático** , ( Ed. del Pacífico, 1958).

---

---